

GALAXIAS ENEMIGAS

Curtis Garland

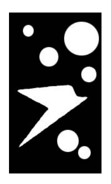
CIENCIA FICCION


eb
LA CONQUIST
DEL ESPACI

CURTIS GARLAND

GALAXIAS ENEMIGAS

LA CONQUISTA DEL ESPACIO n.° 397
Publicación semanal.
Aparece los VIERNES.



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
BARCELONA - BOGOTA - BUENOS AIRES - CARACAS - MEXICO

ISBN 84-02-02525-8

Impreso en España - Printed in Spain

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S.A.**
Mora la Nueva, 2 — Barcelona — 1978

Primer Libro

A MIL MILLONES DE AÑOS-LUZ DE LA TIERRA

1

Garko era oficial de la Guardia Real de Ikkar.

Le habían ascendido a Jefe de Escuadra justamente unas fechas antes, cuando las lunas de Ikkar aparecían esplendorosas y azules en el cielo límpido del planeta, con el fondo nebuloso de las grandes manchas de vapor luminoso que eran las más vecinas galaxias, a bastantes años-luz de aquella en que se encontraba Ikkar.

Suponía que la misión que acababan de encomendarle sería perfecta y absolutamente rutinaria, como acostumbraban a serlo siempre aquellas que tenían por único objeto la exploración de una determinada zona del planeta.

Después de todo, Ikkar era un mundo pacífico, donde las guerras, las violencias y los enfrentamientos habían quedado muy atrás en el tiempo, a raíz de la guerra internacional de la centuria pasada.

Hoy en día, el sabio reinado de la Dinastía Urh permitía una larga y próspera paz a los pueblos de Ikkar. Los ejércitos habían sido virtualmente licenciados, salvo unos escasos y seleccionados cuerpos de milicia como era la Guardia Real, a la que el joven Garko pertenecía.

Cierto que la misión tenía, cuando menos, un aspecto fascinante y hasta poco tranquilizador para Garko y sus hombres. El lugar a explorar no era precisamente uno de los más conocidos de Ikkar. Por el contrario, se trataba de un paraje solitario y poco recomendable, por una serie de razones históricas y geográficas.

Iban justamente a la comarca de Wosnia. A los límites con la Zona No Autorizada del planeta.

La Zona No Autorizada...

El solo nombre resultaba fascinante y lleno de intrigantes incógnitas. Pero en modo alguno pensaba Garko quebrantar las normas. De no ser absolutamente preciso o de no mediar una orden especial, no cruzaría aquella frontera prohibida bajo pretexto alguno.

Wosnia era una región rica en selvas frondosas, pero también en llanos áridos, salpicados de negros peñascos, más allá de la boscosa divisoria que daba fin a las tierras fértiles. La ausencia de arroyos o cauces de agua, hacían la vida muy dura en los límites de la Zona No Autorizada.

Garko contempló aquel paraje cuando arribaron a su abrupta extensión, con cierto aire de tristeza. No sabía si es que su Gobierno quería mantener así los territorios fronterizos de la región prohibida,

para hacer más dura e ingrata la posibilidad de alguien por intentar cruzar la divisoria de lo ignorado, o si es que resultaba realmente difícil convertir aquello en un vergel, como eran casi todos los lugares cultivados de Ikkar. Fuese como fuese, el paisaje no resultaba grato a la vista.

Se volvió a sus soldados e hizo un gesto expresivo. Se enjugó el sudor, bajo la visera plástica de su gorra militar de campaña. El radiante sol azul de aquel Sistema Solar, brillaba cegador en un cielo brumoso y pesado.

—Creo que es hora de descansar —dijo escuetamente—. Alzad las tiendas portátiles.

En un abrir y cerrar de ojos, sus soldados cumplieron la orden recibida. Hasta tres tiendas de un vivo color azul, con las armas del Reino de Amoora, se desplegaron rápidamente, accionadas por los sistemas automáticos de montaje, que pronto las dejaron afianzadas sobre el duro suelo, para protección de la patrulla expedicionaria.

—Monta guardia —dijo a uno de sus soldados—. Los demás, reposad y alimentaos dentro de las tiendas. Yo también haré lo mismo. Dentro de un período, haced el relevo de la guardia. Suboficial Xan, cuide de todo ello debidamente en tanto yo descanso.

—Sí, señor —saludó respetuoso el joven suboficial Xan—. ¿Transmito algo al Centro de las Fuerzas Reales?

—Aún no. No hay novedad alguna, ni es probable que la haya —suspiró Garko—. Yo me ocuparé de ello después, personalmente.

—Bien, señor. Puede descansar tranquilo.

—Lo sé, Xan —sonrió el oficial—. Confío en usted.

Se metió en su tienda personal. No sentía excesivo apetito. Le bastaron unos frutos de *kobek* y un trago de vino de *sardro*, para sentirse mejor. Luego, se tendió sobre un lecho neumático y poco después dormía profundamente. La marcha hasta el hosco paraje desértico había sido dura y fatigosa. Y el calor ahora era muy fuerte.

Cuando llegó el oscurecer y las lunas de Ikkar se elevaron en el cielo tachonado de astros vecinos, de mundos luminosos y de nebulosas galácticas, Garko se incorporó, saliendo de su tienda. El soldado que montaba guardia llamó al suboficial Xan y, de paso, le notificó que no había novedad alguna.

—Me hubiera sorprendido que la hubiese —comentó él, moviendo la cabeza—. Este es un servicio de pura rutina. Nadie espera que salga nada concreto de él…

Se presentó al suboficial Xan, que saludó a su jefe. Este manifestó su deseo de informar al cuartel general de las Fuerzas Reales sobre la total ausencia de novedades en la patrulla.

—Cuando quiera, señor —asintió Xan—. El emisor está a punto.

Entró en la tienda de los soldados. Estos se cuadraron, y Garko les

hizo descansar, encaminándose al emisor montado por su subordinado. La pantalla fluorescente le traería la imagen de su comunicante, allá en Amoora, capital del reino único de Ikkar. Se adaptó el casco de emisión y recepción y manipuló los mandos.

Pronto se dibujó en la pantalla la efigie del oficial de comunicaciones, que habló monocorde. La señal llegaba algo defectuosa, a causa de las altas montañas boscosas que separaban aquella región de la capital del reino.

—Cuartel de las Fuerzas Reales —dijo la voz—. Informe., oficial Garko.

—Aquí el oficial Garko, informando acerca del servicio de la Patrulla Doce —recitó el joven jefe de escuadra—. Ninguna novedad. El desierto nos rodea. No hemos visto animales salvajes ni rastro alguno de expediciones comerciales o de cualquier otro tipo.

—Entendido. Espere, oficial Garko. Obra en nuestro poder un reciente informe de los Centros de Control del Espacio. Ha llegado hace poco tiempo, pero preferimos esperar a que usted nos llamase. Puede ser importante, pero no lo sabemos.

—Escucho.

Garko, sorprendido, frunció el ceño. Le extrañaba cualquier novedad, y más aún que tuviera alguna importancia real.

El militar que surgía en la pantalla electrónica tomó unos documentos y leyó el texto impreso en la tira de plástico magnético:

—Centro Nueve de Control del Espacio, Cuadrante 183 —dijo la voz—. Exactamente cerca de su zona actual, oficial Garko.

Xan asintió, tras anotar los datos en un mapa electrónico y fijar la luz de posición de la intersección indicada.

—A menos de un tercio de jornada de aquí —dijo en voz baja a su jefe.

—Entendido. Siga —pidió Garko al militar del cuartel de las Fuerzas Reales.

—El Control ha captado interferencia producida por un cuerpo extraño, al caer al suelo de Ikkar, procedente del espacio exterior. Su origen parece estar en la Galaxia Aquar, a trescientas mil etapas-luz de la nuestra. Podría ser un simple aerolito, un meteoro, cualquier cuerpo celeste. Pero los datos computados hacen pensar en una materia artificial, no natural, de la que está compuesto el cuerpo.

—¿Ha hecho impacto?—Sí. Justamente en el Cuadrante 183, Coordenadas 22-

Xan hizo el cálculo sobre el mapa electrónico, y parpadeó una luz roja donde se suponía caído el objeto extraño. Garko miró de soslayo y asintió.

—Localizado el punto —dijo—. ¿Qué debemos hacer?

—Emprendan viaje hacia allá. Cuando lleguen, adopten

precauciones, por si ese cuerpo es contaminante. Trate de analizar su naturaleza, sin aproximarse demasiado. Envíe aquí todos los datos para su estudio. No haga nada más. No se detecta vida alguna en ese cuerpo celeste. Por tanto, no es ninguna nave, que sepamos. Sin embargo, insisto en que los datos señalan una materia artificial en su contextura.

—Lo recordaré. Saldremos ahora mismo hacia allá. Espero que al amanecer estemos ya en el lugar.

—Si se apresuran, posiblemente antes. El camino es llano y no hay obstáculos naturales ni animales peligrosos en esa zona.

—Observo que podríamos llegar a él más pronto, sin dar el rodeo a que nos obliga la frontera de la Zona No Autorizada. Bastaría adentrarse solamente un trecho corto en sus límites, para que...

—Permiso denegado —le dijo secamente el militar—. No cruce bajo ningún pretexto la divisoria de la Zona No Autorizada. Es una orden, oficial Garko.

—Sí, señor —dijo de mala gana el joven soldado—. ¿Algo más?

—De momento, no. Comunique en cuanto llegue. Esperamos su informe.

—Sí, señor —dijo, cerrando la conexión.

Se quedó ante el emisor y exhaló un suspiro. Luego, miró a Xan. El joven suboficial hizo un movimiento expresivo de cabeza.

—Así son las cosas —comentó—. Ordenes son órdenes, señor. No se puede hacer nada.

—No, claro que no —Garko se frotó el mentón, pensativo—. No me gustaría verme degradado y enviado a las

Penitenciarias Espaciales, acusado de desobediencia e indisciplina. Y menos en la Zona No Autorizada. Son muy rigurosos en eso. Siempre me he preguntado por qué...

—Yo también —confesó Xan, con un encogimiento de hombros—. Pero no encontré respuesta alguna, señor. Nadie la sabe o no la quiere dar.

—Está bien. Disponga todo para partir. Usaremos las luces convencionales hasta hallarnos a distancia prudencial de ese cuerpo, sea lo que ello sea. Entonces, las apagaremos, para recurrir solamente a la luz invisible, utilizando las máscaras visuales X.

—Sí, señor, entendido. En un momento quedará desmontado el campamento y listo todo para partir.

Xan era eficiente. Dio una serie de órdenes escuetas y las azules tiendas de campaña se plegaron en un instante, pasando a convertirse en una liviana carga del vehículo deslizante que llevaba consigo la escuadra de exploración.

Partieron Garko y sus soldados hacia el sur. Bajo las luces de los astros nocturnos, era más amable recorrer aquel árido desierto,

salpicado de peñascos negros y brillantes. Pero los expedicionarios empezaban a estar fatigados y el joven oficial lo sabía.

Sin embargo, había que obedecer órdenes. Además, aquel cuerpo celeste empezaba a intrigarle, aun antes de llegar a sus proximidades. Siempre se había especulado con la existencia de humanoides inteligentes en la vecina Galaxia Aquar, si por «vecindad» podía entenderse una distancia que la luz tardaba tanto tiempo en recorrer.

A fin de cuentas, estaba científicamente demostrado por los labios de Ikkar que en más de un millón de mundos capacitados para la vida inteligente, había humanoides como ellos, viviendo una existencia similar, constituyendo sociedades y pueblos parecidos, con formas de gobierno no muy distintas a ellos. Pero la barrera insalvable del tiempo y del espacio, hacía que aquellas criaturas similares a ellos fuesen sólo una convicción científica y nada más. Garko sabía que jamás nadie de Ikkar llegaría hasta ellos, por mucho que fuese el progreso científico en la conquista del espacio.

El militar del cuartel general tuvo razón. Aún no asomaba el sol azul de Ikkar, cuando un soldado avisó:

—Estamos llegando al Cuadrante 183, Coordenadas 22- 30. Vean aquel resplandor…

Se detuvieron todos. Garko enarcó las cejas, tras ordenar que se apagaran las lámparas de luz convencional, para suplirlas por la luz invisible de los proyectores de Radiación Equis. Todos se pusieron las máscaras cristalinas para captar esa luz no visible de forma directa y avanzaron cautelosamente en dirección al punto donde la luminosidad adquiría una rara tonalidad cárdena, fosforescente, que emergía del propio suelo pedregoso.

Garko miró, pensativo.» hacia un punto situado algo al oeste de la zona luminosa.

—Vaya, casi cae en la Zona No Autorizada —comentó entre dientes—. Sólo dista un pequeño trecho… Ahora, tened cuidado. Os quedaréis todos a distancia prudencial, sin moveros. Yo avanzaré hacia ese punto, con el analizador a distancia y el detector de radiaciones. Usted, Xan, me alumbrará el camino, si esa fosforescencia no bastase, pero sin avanzar tras de mí, ¿entendido?

—Sí, señor —vaciló el joven suboficial—. Pero ¿no serla preferible que tampoco usted se arriesgara en exceso?

—No tema… Llegaré justamente hasta donde sea prudencial hacerlo. Si no hay radiaciones, no creo que exista peligro.

—Puede haber otros riesgos que ignoramos…

—Posiblemente. Pero antes de dar un paso en falso, me aseguraré del todo, no se preocupe.

Así se hizo a partir de aquel momento. Los soldados se detuvieron cuando Garko se lo indicó, y formaron un semicírculo, a cierta

distancia de la luminosidad cárdena, que ahora se veía irisada, casi fantástica.

Garko avanzó, resuelto, con los aparatos medidores en sus manos. Tras él, a prudente distancia, Xan llevaba su lámpara de luz invisible y también un arma en su mano, una pistola de cargas eléctricas de alta tensión.

Cuando el joven oficial notó que la aguja del detector se movía muy levemente, marcando un punto perfectamente tolerable de radiactividad y totalmente nulo en cuanto a otros posibles efectos de radiación cósmica, se decidió a avanzar más, haciendo un gesto tranquilizador hacia Xan.

—Esto marcha —dijo por el comunicador acoplado a su casco de campaña—. No tema nada, suboficial Xan. No hay apenas radiaciones.

—Pero tenga cuidado con lo demás..., sea lo que sea —avisó prudentemente el joven subordinado.

Asintió Garko sin pronunciar palabra. En su analizador a distancia iban grabándose de forma automática todos los datos relativos a aquel cuerpo que, medio sepultado entre tierras y rocas negruzcas, despedía aquella luminiscencia fantasmal, mezcla de extraños verdes, púrpuras y amarillos. A primera vista, el objeto tenía forma ovoide y su color era imposible de apreciar, a causa de la propia luz. En su detector seguía sin mostrarse peligro radiactivo alguno.

De súbito, ya muy cerca de los bordes desgarrados y agrietados del suelo desértico, donde se hundiera el supuesto aerolito, los ojos de Garko captaron algo que sólo un momento antes descubriera su detector, acusándolo con una vibración súbita de la aguja.

Se inclinó. Contempló, perplejo, a la claridad de la lámpara de luz invisible, a través de los vidrios plásticos de su oscura pantalla visora, una especie de cilindro de algo parecido al metal, pero totalmente mate y oscuro. No tenía mayor tamaño que una de sus lámparas portátiles. La recogió con su mano enguantada, sin que la radiación acusara peligrosidad alguna. Contempló el objeto y lo guardó, tras una corta vacilación, en el interior de uno de los bolsillos de su uniforme.

Luego, resueltamente, fue hacia el cuerpo empotrado en el suelo de Ikkar. Allá, en la distancia, una lividez remota anunciaba la inminente llegada del nuevo día. Para cuando el sol azul subiera hacia el cielo, él tendría ya todos los datos sobre el extraño cuerpo llovido sobre Ikkar.

Al menos eso es lo que pensaba Garko y lo que, sin duda, pensarían también en este momento todos sus compañeros de expedición. Pero la realidad, por desgracia para todos ellos, iba a ser muy otra.

Sucedió de repente.

Garko levantó los ojos al cielo, sacudido por la sorpresa y el sobresalto, cuando el bramido llegó a sus oídos y la aguja de nivel de radiaciones empezó a bailotear como enloquecida.

Después, una especie de radiante chorro de luz descendió de los cielos, cegándoles casi por completo. Tras aquel torrente de claridad fantástica, una forma enorme, un inmenso cuerpo redondo, descendió a velocidad vertiginosa sobre la zona.

Todos los sistemas de alerta del cuerpo y la mente del oficial Garko funcionaron al unísono.

—¡Protegeos todos! —gritó abruptamente por su comunicador, arrojándose él mismo al suelo y tirando los analizadores, para empuñar su arma más poderosa, la pistola llameante—. ¡Alerta por si atacan... y replicad a cualquier ataque!

—¡Señor, regrese! —gritó Xan—. ¡O iré yo a buscarle!

—¡Quieto donde está, Xan, es una orden! —rugió Garko, ya tendido en tierra, alzando su arma hacia la forma celeste que, de modo impresionante, proyectando aquel raudal de luz deslumbrante, color oro, descendía hacia él como un meteoro gigante.

Alzó la mano armada, por si era atacado desde arriba, como temía.

No llegó a utilizar el arma siquiera. Una especie de torrente de fuego devastador descendió del cuerpo celeste y un dolor infinito, candente, envolvió a Garko, que exhaló un alarido terrible y comenzó a revolcarse por el suelo, bañado en una especie de fantástico fuego líquido, que derritió su arma y empezó a corroer su uniforme de fibras metálicas.

Xan ordenó abruptamente a los soldados, horrorizados a la vista de la agresión de que era objeto su jefe:

—¡Fuego todos a la vez! ¡Atacad a esa nave, destruidla si es posible!

Y él mismo dio ejemplo, alzando su pistola eléctrica, que descargó sobre el gigantesco cuerpo celeste.

Ocurrió algo increíble. Este repelió el disparo, soltando la descarga en tal forma, que su fuselaje todo se cubrió de centelleos y chispazos, sin acusar el efecto lo más mínimo.

En réplica inmediata, el enorme disco volador, en tanto descendía vertiginoso hacia el suelo de Ikkar, vomitó por sus invisibles troneras un verdadero alud de rayos luminosos y mortíferos.

Los soldados de la escuadra de Garko empezaron a caer fulminados, aniquilados por el terrorífico artefacto aéreo...

2

Revolcándose entre la sensación espantosa de abrasamiento total,

el oficial Garko, jefe de escuadra de las Fuerzas Reales de Ikkar, contemplaba despavorido el horrible caos acaecido entre sus hombres, la masacre devastadora que los misteriosos rayos surgidos de la aeronave provocaba en el grupo de sus soldados.

Todos éstos, luchando desesperadamente contra lo imposible, contra la fuerza devastadora de la gran nave circular, caían uno tras otro, revolcándose en el suelo, antes de quedar inmóviles, medio calcinados bajo el uniforme de fibras metálicas con el que en vano pensaron protegerse.

Por su parte, Xan luchó por eludir el ataque desde el aire, pero le fue totalmente imposible lograrlo. Porque otro de aquellos mortíferos rayos llegados desde la enorme nave que flotaba sobre el suelo del planeta, alcanzó de lleno su figura, envolviéndola en una repentina luminosidad cegadora, que luego se extinguió, junto con la propia vida del joven Xan. El cuerpo de éste, desprovisto de todo signo de vida, se derrumbó sobre el yermo suelo para siempre. Ni una sola fibra de su ser se movía ya.

La muerte de Xan, tras ver morir a su escuadrón de hombres dejó al dolorido Garko realmente petrificado. Aquel dolor laceraba todo su ser, estaba envuelto en las pavesas del uniforme y sentía sobre su piel una sensación ardiente, angustiosa. Se miró brazos, manos y piernas, descubriendo en ellos terroríficas llagas, tremendas zonas descarnadas, que parecían humear, víctimas de un corrosivo desconocido.

Finalmente, mientras ese mismo dolor físico le agotaba y hundía, alcanzando en brutales oleadas hasta lo más recóndito de su cerebro, advirtió borrosamente cómo la nave circular descendía más aún, levantando oleadas de polvo sobre la superficie de Ikkar y su parte inferior, como una enorme compuerta, se abría, dejando ver un interior luminoso, blanco y aséptico, que actuando al estilo de una gigantesca ventosa *absorbía* al meteoro luminoso hundido en el suelo desértico.

Este cuerpo desconocido se elevó bruscamente entre un temblor de la tierra, elevándose hacia la compuerta, donde penetró rápido, cerrándose luego la misma y engullendo así con matemática precisión al cuerpo cósmico.

Luego, la supernave emitió un sonido sibilante, estruendoso, que hizo temblar el suelo del planeta. Y con una velocidad inconcebible, como un repentino ramalazo de luz, que pronto se fundió con el centelleo lejano de las estrellas, como un remoto astro más, se perdió allá en la distancia, en el cielo sin fin, hasta ser sólo una estela de luz entre las nebulosas de las galaxias.

Abajo, en Ikkar, rodeado de cadáveres horriblemente calcinados, el cuerpo moribundo del joven oficial Garko se debatía en una lenta y dolorosa agonía que, implacablemente, le iba aproximando más y más

a las eternas negruras de la muerte.

* * *

—Nada, señor. No hay señales de la patrulla del oficial Garko. No responde nadie a las llamadas.

El general Shenoo escuchó en silencio, moviendo la cabeza afirmativamente. Luego, tomó su propio comunicador y marcó las teclas rojas. Era el número directo del Rey de Amoora.

—¿Sí? —contestó una voz—. Dependencias de Su Majestad.

—Informe urgente —dijo el general Shenoo, sordamente—. Patrulla desaparecida en misión exploratoria en el Cuadrante 183. Detectada presencia de aerolito o meteoro en esa zona. Posteriormente, las pantallas detectaron la llegada y alejamiento de un enorme cuerpo llegado del cielo a velocidad superlumínica. Cuestión de instantes permaneció en la zona. Hay indicios fuertemente radiactivos. Y también señales de armas letales de gran poder. Las computadoras preparan datos de emergencia. No hay señal de vida alguna. Han debido ser diezmados. El cuerpo celeste no se detecta.

—Comprendido —dijo la voz—. Informo a Su Majestad inmediatamente. Esperen instrucciones de emergencia. Preparen flotillas de naves de combate especiales.

—Sí, conforme —el general colgó, con expresión preocupada. Luego, se volvió hacia el oficial que entraba en esos momentos en su despacho, trayendo consigo una cinta magnética con la traducción del lenguaje cibernético.

—Señor, los datos de la computadora —dijo el oficial.

El militar de alta graduación leyó el texto. Su ceño se arrugó, preocupado:

> «Nave superlumínica, procedente de la Galaxia Aquar. Velocidad diez veces, o más, superior a la de la luz. Sistema de propulsión desconocido. Meteoro de materia artificial, posiblemente de idéntico origen.
>
> »Vidas humanas en la zona, totalmente aniquiladas. Leves indicios vitales en una sola persona. Se extinguen por momentos, lo cual indica agonía lenta del único superviviente.
>
> »Armas utilizadas de naturaleza desconocida. Gran poder destructor. Imposible detectar punto de origen de las naves, dentro de la Gran Galaxia de Aquar.»

Eso era todo. Y era suficiente por sí sólo, pese a su inquietante

vaguedad. El general Shenoo pulsó los botones rojos de nuevo, al tiempo que oprimía la tecla de emergencia general.

Apenas fue informado el Rey de Amoora, una orden escueta brotó de los comunicadores:

—Envíen naves de combate a la zona. Exploren la Galaxia Aquar. Traten de rescatar con vida al superviviente. Es preciso averiguar de dónde procede la agresión y actuar en consecuencia.

Era la señal de alarma general. Momentos más tarde, todos los sistemas de programación de órdenes emitían los mensajes reales en el planeta Ikkar.

Las flotillas de combate sobrevolaron las zonas inmediatas a la frontera de la Zona No Autorizada, transmitiendo sus informes sobre el dantesco panorama de la llanura desértica, salpicada de cadáveres, en torno al amplio cráter abierto por la primera de las misteriosas naves u objetos espaciales.

Pero allí todos estaban muertos. Nadie había sobrevivido al ataque cósmico. Cuando se transmitió el número de víctimas, faltaba uno de los cadáveres.

—El oficial Garko no figura entre los muertos. Y tampoco se capta su presencia, vivo o muerto.

—Desaparecido… —murmuró el general Shenoo, al ser informado—. Eso puede significar que esa gente, sea quien sea… se llevó consigo a Garko. ¿Qué otra explicación puede haber para explicar su desaparición?

Aparentemente, no había ninguna otra. Pero el general Shenoo se equivocaba. El jefe de escuadra Garko no había sido raptado por los hipotéticos ocupantes de la gran nave nodriza bajada del cielo. Tampoco figuraba entre los cadáveres. Ni se le veía por parte alguna.

Sin embargo, el oficial Garko aún vivía.

Sólo que estaba más allá de la zona de detección de las flotillas reales. Estaba en el lugar prohibido, adonde no penetraban las aeronaves de Amoora.

Estaba *dentro* de la Zona No Autorizada.

Y allí no llegaban los detectores. Pronto comprendió por qué, pese a que no se sentía en el estado idóneo para darse cuenta de muchas cosas.

Se tambaleaba, agonizante, su piel abrasada, su carne en vivo, sangrante y quemada, corroída en algunos puntos de su joven y atlética figura. Los cabellos casi plateados, lisos y largos, le cubrían en parte su rostro desfigurado por las heridas y quemaduras. Notaba que su vida estaba terminando. Ya poco le podían importar las indisciplinas, las prohibiciones, los quebrantamientos de normas y todo eso. Le esperaba el fin, la muerte. Allí ya no había castigos ni represalias posibles. Allí todo se terminaba.

Ni siquiera sabía por qué se arrastró, con sus últimos afanes, hacia la divisoria prohibida, hacia la región donde jamás nadie penetraba, por estricta orden real.

Siempre había sido un fiel súbdito de Su Majestad, el rey Gzar de Ikkar. Ahora ya no importaba eso demasiado. Estaba fuera del alcance de la autoridad real.

No se sentía menos leal por el hecho de haber cruzado la barrera imposible. Al principio, ni siquiera notó que lo hubiera hecho. Hasta que las emanaciones extrañas del terreno, despidiendo vahos amarillentos entre las grietas de un suelo pedregoso, le revelaron que estaba en un lugar diferente a los demás. El aire olía a algo indefinible y unas radiaciones singulares parecían electrificar la atmósfera, haciéndola tensa y enervante.

Miró atrás. Una especie de neblina le separaba ya del «otro lado». ¿Por qué? Antes no había captado esa especie de bruma azul que brotaba del suelo y parecía formar en el aire mismo una tenue e impenetrable cortina, la más sorprendente frontera entre lo conocido y lo ignoto.

—No es posible... —jadeó, sintiendo que desfallecía por momentos—. Antes..., antes todo era igual. No había diferencias, no había niebla alguna... ¿Qué es lo que ha sucedido para que todo cambie, apenas salvada esa frontera invisible?

Eran preguntas sin respuesta, simples divagaciones que nadie iba a resolverle. Estaba solo, en una tierra hostil y misteriosa, donde no se permitía a nadie entrar. De la que, posiblemente, nadie jamás salió tampoco.

Tropezó en una de las grietas del duro terreno y cayó de bruces. Sintió brotar un humo cálido de las entrañas de Ikkar. Le provocó aún más dolor en sus terribles heridas sangrantes. Pero ya todo daba igual. Era tal su sufrimiento, que no le importaba demasiado sufrir aún más, antes de hundirse para siempre en la eterna oscuridad de la inconsciencia total.

Haciendo un tremendo esfuerzo, se irguió, logrando arrastrarse una distancia más amplia, no supo exactamente cuánta. Pero de súbito, sus pies perdieron contacto con el terreno firme, supo que se deslizaba hacia un abismo y luego sintió que rodaba rampa abajo, inexorablemente.

El dolor fue tan lacerante esa vez, que notó que perdía el conocimiento, seguramente de un modo ya definitivo. De una forma confusa, se dio cuenta de que se estrellaba en algo, seguramente en una superficie líquida, porque su cuerpo se sumergió al tiempo que la oscuridad total envolvía su mente y sus sentidos.

Y todo terminó para Garko, oficial de las Fuerzas Reales de Amoora, en el planeta Ikkar.

* * *

Tal vez el anciano de larga barba blanca era el Hacedor de todos los mundos de la creación. Quizá era éste el reino del Eterno, más allá de la Vida. No podía ser de otro modo, pensó Garko.

Así supo que «pensaba». Tal vez se podía pensar en el mundo de los muertos.

El anciano aparecía como en una luz nebulosa, sonriente y afable ante él, igual que si le dieran la bienvenida. Tenía los ojos muy claros, el rostro noble y la figura alta y delgada, envuelta en una túnica dorada que aún le hacía parecer de mayor estatura.

Se movió hacia él. Le saludó con voz muy dulce:

—Bien venido. Invulnerable.

—¿Invulnerable? —repitió él, sin entender nada.

Y también supo que podía hablar. ¿Hablaban también los muertos? El anciano se aproximó a él. Sus manos se alzaron en gesto protector y afable. Eran largas, huesudas, ágiles.

—Estás en la Zona No Autorizada. En el mundo prohibido de Ikkar. Entraste en él y tu destino ha cambiado. Ahora eres un hombre diferente. Muy diferente… —y su sonrisa era un verdadero enigma.

—Diferente…. Un hombre… —siguió repitiendo Garko las dulcísimas palabras del misterioso anciano—. No comprendo. ¿No es esto… la muerte?

—¿La muerte? —sonrió su interlocutor, negando suavemente con la canosa cabeza venerable—. No, amigo mío. Por el contrario. Esto es… la vida.

—No puedo entenderlo… ¡Mis heridas, mi agonía!… Ya no siento el dolor…

Alzó los brazos. Atónito, observó la piel de ellos, de sus manos. Luego, incrédulo, se miró las piernas, el resto del cuerpo. Tocó su rostro, poco antes tumefacto, sangrante y corroído por el arma letal de la superna ve.

No tenía nada. Absolutamente nada.

Estaba totalmente sano. Ileso. Como si nada hubiera sucedido.

—Imposible… —jadeó—. No he podido sanar… No puede haber sucedido esto… ¿Es que éstos son los sueños del gran tránsito al Más Allá, anciano?

—Te dije que esto nada tiene que ver con el Más Allá. Por el contrario, esto significa vida. Una vida distinta de la que conociste hasta ahora. Algo que está vedado a quien no se atreve a cruzar esa frontera. Y eso ha sucedido así durante milenios enteros. Cientos de generaciones nos han recluido en la Zona No Autorizada, y aquí

existimos, al margen de los demás seres de Ikkar. ¿Por qué tú, agonizante, entraste aquí, contra todas las órdenes recibidas?

—Ni yo mismo sabría responder a eso. Fue algo superior a mi voluntad. Quizá el afán de luchar contra lo imposible… o de conocer lo desconocido, cuando tenía que morir… —Volvió a mirarse su piel regenerada, sin una señal, sin una simple cicatriz, sin nada en absoluto que recordase su espantosa agonía—. Pero esto… ¿cómo pudo suceder, noble anciano?

—Tú mismo elegiste tu destino. Caíste al Lago de la Eternidad.

—¿El Lago de la Eternidad? —pestañeó el joven oficial.

—Te sumergiste en él. Fue el azar, pero ese azar te concedió lo que a muy pocos les está permitido. Esas aguas mágicas renovaron tu cuerpo. Y te concedieron el gran don que te hace diferente a los demás mortales de tu mundo. Ahora… eres realmente invulnerable.

—¿Invulnerable? ¿Yo?

—Exacto. Ningún otro mortal podrá causarte herida mortal alguna. Nadie podrá vencerte en lucha. Vivirás incólume hasta que la vejez termine con tu existencia como ley de vida que es. Pero nada más. Sin heridas, sin dolor y sin daño. Cuando un arma te hiera, la herida se cerrará inmediatamente, sin dejar huella alguna. Sea cual sea su gravedad.

—Cielos, eso parece imposible… Un absurdo, una fantasía inalcanzable…

—Tú la alcanzaste —sonrió el anciano—. Yo, Vulkan, el más anciano y sabio de toda la Zona No Autorizada así te lo aseguro y por los dioses de Ikkar te lo juro.

—Pero… ¿qué significó siempre, realmente, esa expresión de… «Zona No Autorizada»? ¿Por qué todo aquí parece diferente… y por qué apenas se cruza su barrera, parece haber una muralla de niebla que separa esta región del resto del planeta? Eso es lo que más me intriga, noble anciano Vulkan, si ése es tu nombre.

—Lo es, muchacho —asintió el venerable hombre de la barba larga y nevada—, Y lo que me preguntas es largo y difícil de explicar. Forma parte de nuestra propia historia y de aquello a que fuimos condenados por nuestro pasado. Ese invisible muro que no aciertas a vislumbrar desde el exterior, pero que al penetrar aquí te aleja más de tu propia zona, en apariencia no es sino el que los propios dioses establecieron para separarnos de todo lo que antes constituyó nuestra existencia: el planeta Ikkar y la vida en él.

—¿Es… como un castigo?

—Algo así. Un largo y terrible castigo que tus gobernantes no ignoran. Por eso se deben cumplir las leyes por encima de todo y no atravesar nunca esta frontera. Así se hizo hasta hoy.

—Y yo he quebrantado esas leyes…

—Así es. Tú las quebrantaste. ¿Sabes cuál ha sido siempre el castigo de quien tal cosa hizo?

—¿La… muerte? —sugirió Garko, temeroso.

—No —negó suavemente el anciano—. Nosotros no podemos dar muerte a nadie. Es algo diferente. Quizá peor. Se quedaron aquí para siempre. Pero se convirtieron en seres sin alma y sin sensibilidad, en auténticos autómatas humanos, por el resto de sus vidas. Olvidaron todo. Quiénes eran, lo que fueron, el hogar, los seres queridos o la existencia que dejaron «al otro lado».

—Yo, entonces, debo ser castigado también así…

—Tú eres diferente. No entraste aquí por curiosidad ni por desobediencia a las leyes. Entraste agonizante, ibas a morir en lo Desconocido, simplemente. Y así hubiera sido, de no disponer la suprema voluntad de nuestros dioses que rodases por aquella pendiente, para ir a caer al Lago de los Manantiales Luminosos de la Suprema Fuerza. Es decir, al Lago de la Eternidad, del que yo soy guardián. Yo, Vulkan, el Viejo Guardián de la Vida y de la Muerte, el más sabio entre los sabios de la Zona, te anuncio que ese baño mágico en las aguas bendecidas por los dioses, ha dado a tu cuerpo nueva vida y nueva fortaleza. Que eres realmente invulnerable en la guerra, en el duelo con otros seres, por poderosos que sean. Pero, como nada en la existencia del hombre es perfecto, existe también un fallo en ti.

—¿Un fallo?

—Un error, una imperfección. Esas aguas mágicas que te han devuelto la vida y te han dado la fortaleza suprema, no pueden evitar que tengas esa debilidad, un punto flaco, por el que puedes ser fácilmente vencido.

—¿Cuál? —se interesó Garko, todavía sumido en el estupor profundo de aquella extraña, fantástica experiencia que estaba viviendo.

—Ah… —el rostro venerable se tornó hermético, lleno de enigmática inexpresividad. Alzó sus manos delgadas y huesudas, en un ademán inconcreto—. Eso deberás de descubrirlo tú mismo, por tus propios medios, llegado el momento.

—¿Y si ello sucede cuando esté a punto de ser vencido… y me vencen, realmente?

—Entonces… morirás sin remedio. El que sea más fuerte que tú te matará. Es ley de vida. Ley de guerra. Tu piel adoptará el color y el aspecto de los Invulnerables y todo ser viviente, todo guerrero, todo luchador, ansiará vencerte, derrotarte y aplastarte, para ser así llamado «el que venció al Invulnerable». Esa será tu gran ventaja, pero también tu cruz. Tendrás que enfrentarte a muchos peligros, vayas adonde vayas. Y si, por desgracia, tu punto débil no es superado por tu voluntad, que es la única capaz de protegerte, habrá sido tu fin.

Estás ya advertido. Piensa en ello y vigila. Vigílate siempre a ti mismo, muchacho.

—Así lo haré —prometió Garko, irguiéndose en medio de aquella neblina luminosa que les envolvía a él y al Viejo Guardián de la Vida y de la Muerte, el anciano Vulkan.

Neblina que todo lo difuminaba, que no mostraba formas concretas o materiales, como si la Zona No Autorizada fuese un mundo fantasmal, hecho de brumas y de sugerencias, de intuiciones y de inconcreciones, de nada real, corpóreo ni tangible.

Y tal vez en el fondo era así. Garko aún lo ignoraba todo sobre aquella región misteriosa del planeta. Algo le decía que su obligación era seguir ignorando. Que los dioses no querían mostrar el mundo desconocido a ojos de un extraño, aun después de haberle concebido el preciado don de la invulnerabilidad.

—Bien. Entonces, muchacho, vuelve si quieres a tu propio mundo. Eres libre de hacerlo y no pienses nunca más en volver aquí. Pero si alguna vez estás en peligro o sientes necesidad de una ayuda que te apoye en alguna noble acción, te halles donde te halles…, llámame. —¿Llamarte?

—Sí. Hazlo. Y yo acudiré a ti, no lo dudes. Yo, Vulkan, escucharé tu llamada, sea desde donde sea, tenlo por seguro. Ahora… adiós. Es el momento de despedirnos.

Y la figura de Vulkan se hizo borrosa, hasta que su rostro noble se difuminó y su cálida sonrisa se hizo una vaga sombra, que las brumas luminosas absorbieron, estando pronto rodeado de tales brumas y nada más. Solo en la Zona No Autorizada…

Echó a andar, seguro del camino que recorría, extrañamente orientado dentro de la niebla de luz, hacia alguna parte. Su paso era firme y elástico. Su voluntad era férrea.

Así alcanzó el límite de las brumas. Y cuando lo hubo pasado, se encontró en un desierto de negras rocas, donde se abría un enorme cráter oval, bajo un cielo frío y estrellado, en una soledad impresionante, gélida.

Había vuelto a Ikkar. Había vuelto a la vida normal. Se miró, sorprendido, la piel de su cuerpo. Notó su extraño tinte azulado, tenue. Recordó las palabras del venerable sabio: «Tu piel adoptará el color y el aspecto de los Invulnerables…»

Se tocó la epidermis. Dura y tensa como el acero. Sus tendones parecían cables. Sus músculos, fibras metálicas bajo la piel indestructible. Era un verdadero ser de excepción. Un hombre invencible.

Pero debía de recordar algo: tenía un punto, uno solo, vulnerable fácilmente. Y no sabía cuál era. Sus dedos recorrieron toda la superficie de su cuerpo, lenta y pausadamente.

Mo encontró la menor señal de zona vulnerable. Todo su cuerpo, sus manos, sus piernas y pies, su cabeza, su rostro, eran iguales. Con aquel leve tono azulado, con aquella dureza de metal viviente.

Y sin embargo...

Sabía que Vulkan no había mentido. No podía mentir. El punto débil existía, pero ¿dónde? ¿Cuál era su naturaleza?

Recorrió el amplio desierto en varias direcciones, sin hallar rastro alguno de vida humana. Tampoco los cadáveres de sus soldados, ni del suboficial Xan. Sin duda, habían acudido las tropas reales llevándose consigo los cuerpos, sin encontrar el suyo propio.

—¿Cuánto tiempo... del planeta Ikkar he pasado en la Zona No Autorizada, aunque a mí me haya parecido solamente unos instantes? —se preguntó a sí mismo con perplejidad—. Allí todo es diferente..., incluso el tiempo.

Lo cierto es que estaba solo. Solo en el desierto, bajo la noche fría y estrellada. Las lunas de Ikkar iban asomando por el horizonte, como única compañía.

Y, de repente, supo que no estaba solo, pese a la desértica extensión que le rodeaba. Supo que «algo» o «alguien» le vigilaba desde alguna parte adonde él no alcanzaba con sus sentidos.

Sobresaltado, levantó la cabeza. Miró al cielo estrenado.

Entonces descubrió a la nave negra.

Era pequeña, pero de fantástica estructura y velocidad increíble. Como una centella de luz se le venía encima desde los remotos confines de aquellas galaxias que, en la noche de Ikkar, eran sólo manchas nebulosas de luz, salpicadas por el destello frío de los grandes soles de sus Sistemas.

3

La nave negra era silenciosa e infinitamente más veloz que la luz. Garko estuvo seguro de que invirtió un tiempo fugaz en salvar el hiperespacio, saltando de una galaxia a otra.

Además, era una nave de guerra.

Quedóse flotando en el aire, sobre el suelo de Ikkar. A una altura considerable, como un monstruo mecánico acechando algo.

Acechándole *a él*.

Una rara clarividencia dominaba sus pensamientos. Garko estaba sorprendido de sí mismo, de la nitidez con que podía ver e intuir las cosas ahora. Parecía ser otro hombre. Sobre todo, cuando había peligro.

Y ahora, el peligro estaba allí. Flotando sobre él. En la nave negra.

No tenía arma alguna en su mano. Sin embargo, no sintió miedo

cuando una especie de compuerta se abrió en la nave negra, de forma alargada y compleja, vomitando un torrente de luz, como una ancha cinta luminosa.

Por ella, como si se deslizaran sobre un camino inmaterial, empezaron a descender las criaturas.

Eran humanoides. Pero eran extraños. Alucinantes. Garko los contempló estupefacto, mientras ellos descendían por la rampa de luz inmaterial, dirigiéndose hacia la superficie. Dirigiéndose hacia él.

Pequeños. No mayores que niños. Como enanos... Pero anchos y recios, provistos de armaduras flexibles y articuladas, de un negro material brillante que, sin embargo, no era metal. Pero que sin duda era tan fuerte y resistente como el mismo acero, aunque mucho más flexible y moldeable. Sobre sus cabezas achatadas, uña especie de cascos remataban su feo aspecto.

Por rostro, eran simples pantallas de metal oscuro, con una rejilla y un par de círculos fosforescentes, por donde debían de ver sus ojos. Llevaban guantes del mismo material negro y flexible. Y en sus manos vigorosas, armas.

Armas letales, posiblemente tan devastadoras como las que anteriormente aniquilaran a su patrulla, desde la gigantesca nave-nodriza. Armas que él desconocía.

Miró sus manos desnudas. Ni siquiera conservaba un arma para defenderse. Pero el anciano Vulkan había dicho que él era invulnerable. Ahora había llegado el momento de demostrarlo.

Miró serenamente a los que descendían. Al menos eran dos docenas. Y él estaba solo. Solo e inerme.

Extraña lucha aquélla. ¿Cómo diablos, pensó, podía conservar en tales condiciones su fantástica invulnerabilidad?

Los humanoides de negro uniforme tocaron el suelo. Sus movimientos se hicieron más rápidos y ágiles. Evidentemente, la luz proyectada en el cielo era un sendero, una vía para descender a tierra sin necesidad de otros medios.

Oyó sus gritos guturales. Se dispersaron en torno suyo, formando un círculo amplio y amenazador. Las armas centelleantes, de vivo color púrpura, se dirigían hacia él y estuvo seguro de que le conminaban, antes de decidirse a abrir fuego, aniquilándole sin contemplaciones. Interiormente, se preguntó por qué guardaban con él tales miramientos.

La respuesta le llegó en el acto, en forma de una serie de sonidos guturales, metálicos, que brotaban de detrás de una de aquellas pantallas o máscaras de metal oscuro, que hacían las veces de rostros.

Sonidos que algún procedimiento técnico de traducción de palabras y de expresiones extranjeras, convirtió en frases inteligibles para él:

—Entréganos el cilindro, ikkariano, y nada te sucederá. Es una orden.

—Una orden ¿de quién? —quiso saber Garko, levantando también su voz con potencia.

Sabía que ni ellos hablaban su lengua ni él la de aquéllos. Pero sin embargo, esa especie de transmisión traducida del lenguaje que se producía entre él y los visitantes del espacio, les hizo comprender también a ellos.

—Del emperador Hokk, el Señor de las Sombras de Xal.

—¿Y quién es el emperador Hokk?

—El que reina sobre todos en el planeta Xal, del Sistema Solar de Ulko, en la Gran Galaxia M-l 1.101, llamada también de Aquar.

—La Galaxia de Aquar...—repitió sordamente Garko—. ¿Por qué vinisteis a destruirnos y por qué habéis vuelto ahora para amenazarme a mí?

—Tuvimos que hacerlo. Los Guerreros Cibernéticos tenían por misión rescatar la nave mensajera de la Reina Negra, caída por accidente en este mundo vuestro. Entonces aparecieron los soldados y hubo que aniquilarlos, para rescatar la nave perdida sin problemas. Pero ese rescate ha sido inútil, puesto que el cilindro sigue sin aparecer. Hemos sabido que lo tienes tú. El emperador Hokk desea que se lo devuelvas inmediatamente.

—¿Qué cilindro es ese? —fingió Garko.

—No mientas. Está contigo. Tú lo posees.

—Es absurdo. ¿Cómo puede saber eso vuestro emperador Hokk?

—El lo sabe todo. El Señor de las Sombras de Xal tiene un solo ojo, pero alcanza remotos confines. El nos envía para recuperar el cilindro. Para ti, nada significa. Es un mensaje entre reyes y dioses de nuestro planeta. Entrégalo.

—Y si realmente tuviera ese cilindro y no quisiera entregarlo..., ¿qué sucedería?

—Morirías. Tendríamos que aniquilarte.

—¿Tanto vale?

—Para ti, nada. Para nosotros, mucho. Es un mensaje de la Reina Negra al Dios Akwok. Sólo ellos pueden poner sus ojos en ese mensaje. El que lo profanase seria culpable de sacrilegio. Y serla destruido inexorablemente. Retener ese mensaje es también delito castigado con la muerte. Entrégalo, ikkariano, y ve en paz después.

La mente de Garko se habla vuelto singularmente lúcida. Leyó en las mentes ocultas de aquellos humanoides de rostro metálico. Supo inmediatamente que eso era mentira. Le estaban engañando cínicamente.

La orden era recuperar el cilindro. Después, ejecutar al ikkariano, por dócil que se hubiera mostrado. El debía de morir de todos modos.

Pero no querían destruirlo, destruyendo a la vez el cilindro misterioso. Ahora recordaba haberlo recogido del suelo, junto a la nave oval abatida en Ikkar, antes de la masacre de sus hombres a manos de las poderosas armas manipuladas desde la nave-nodriza por los llamados Guerreros Cibernéticos, posiblemente robots, a juzgar por su nombre,

—No -—negó rotundamente-—. No entrego el cilindro. Responded eso a vuestro Emperador... No entregaré nada, porque pensáis matarme de todos modos.

Hubo un breve desconcierto entre los extranjeros. Captó murmullos ininteligibles entre ellos. Uno, el de más autoridad sin duda, que llevaba en su casco un distintivo luminoso, avanzó unos pasos hacia él. En su mano, una especie de tubo escarlata brillante, le encañonó. La voz llegó chirriante, áspera y amenazadora:

—Por última vez, ikkariano —le conminó—. Si te niegas, tu aniquilamiento será espantoso. Tus átomos se dispersarán, pulverizados por esta arma, el Tubo de No-Morir. Pero no es una destrucción normal, porque cada átomo tuyo seguirá sufriendo dolores eternos, perdido en la nada, hasta el fin de los tiempos...

La perspectiva no era muy halagüeña, pero Garko no sintió miedo. Avanzó resueltamente hacia el oficial de cuerpo de escarabajo, pequeño, achaparrado, negro y brillante. Los discos fosforescentes de sus ojos fulguraron amenazadores.

—Destruirás al mismo tiempo el cilindro —sonrió Garko—. Tu arma lo desintegra todo. Los átomos de un cuerpo humano... y los de cualquier otra materia. ¿Qué dirá tu Emperador cuando sepa que destruiste el mensaje?

El oficial vaciló. Pero al dar Garko otro paso, alzó el tubo escarlata con fría decisión.

—Cumplo órdenes —dijo—. Debo destruirte, si te niegas a obedecer. ¡Muere, ikkariano! El Emperador perdonará mis actos.

El tubo escarlata proyectó un repentino chorro huracanado sobre él. Era un potente rayo de luz desintegradora, que alcanzó el torso de Garko violentamente. Este notó una sacudida, una convulsión poderosa, como si de repente una fuerza devastadora desgarrase todas las fibras de su ser, en violento estallido.,

Pero pese a la impresión angustiosa, nada sucedió en su cuerpo, ante el estupor infinito de los pequeños guerreros del espacio, que comenzaron a gritar y a agitarse, con sobresalto.

Lo peor sucedió después. Porque el chorro de luz desintegradora, al chocar con el cuerpo de Garko, rebotó violentamente y se dispersó en docenas de haces, que fueron a buscar los cuerpos de negra armadura y rostro metalizado, pulverizándolos en una devastadora oleada, que él mismo contempló con incredulidad.

Había rechazado el rayo desintegrante y éste había ido a parar a

sus propios enemigos, aniquilándoles y convirtiendo sus chaparros cuerpos monstruosos en simples átomos que vivirían y sufrirían por una eternidad.

Pronto en torno a él no quedó absolutamente nada con vida. Ni siquiera nada material. Alrededor de la figura levemente azulada del joven oficial de cabellos plateados, los cuerpos humanos se habían disuelto como simple vapor. No quedaban huellas de armas ni de armaduras. Nada en absoluto. Como si jamás hubieran existido.

Pero existieron. Allá arriba, flotando inmóvil sobre su cabeza, seguía la nave negra, con su luminosa compuerta abierta., esperando en vano el regreso de sus belicosos ocupantes.

Garko tuvo una idea repentina. Sin saber exactamente la razón, la puso en práctica. Se aproximó al rayo de luz que, descendiendo de la negra nave, tocaba el suelo del planeta Ikkar. Notó inmediatamente, apenas le tocó aquella luz extraña, que se tomaba ingrávido, que podía flotar en el aire, que era capaz, si lo deseaba, de elevarse y elevarse, siguiendo siempre el sendero vertical de luz, hasta la propia nave.

Sin temor alguno, así lo hizo. La compuerta luminosa le engulló. Y se encontró dentro de una amplia cámara circular de controles y mandos, absolutamente vacía. Al parecer, la totalidad de los ocupantes de la nave negra habían descendido al suelo para destruirle, una vez recuperado el misterioso cilindro.

Garko recorrió toda la sala, se asomó a diversas dependencias, todas muy bien iluminadas, con muros, suelos y techos blancos y luminosos, que convertían el interior de la nave en un raudal de luz. Paneles, computadoras de extraña estructura, cuadros de control, pantallas y cuanto precisaba una nave para viajar por el espacio, se mostraba ante sus ojos maravillados.

Por vez primera, Garko conocía una nave interestelar, una auténtica estructura mecánica llegada de otra galaxia. Quizá una nave ultralumínica, capaz de salvar distancias fabulosas en breves instantes.

Estaba dentro de un cuerpo celeste llegado de millones de jornadas-luz de distancia, pensó admirado, rozando con sus dedos, suavemente, todo aquello que le fascinaba.

Luego se acomodó en un asiento mullido, blanco, deslumbrante, situado ante el complejo cuadro de mandos. Fue como flotar dulcemente en el vacío. A la claridad intensa y aséptica del interior de la nave negra, extrajo de su uniforme el enigmático cilindro por el que tantas personas, al parecer, habían muerto.

Lo examinó curioso. Parecía no tener abertura alguna en su metálica superficie. Pero, evidentemente, en alguna parte debía de haber algo, para mostrarse los extranjeros tan interesados por él.

Repentinamente recordó algo. Miró en derredor. Clavó sus ojos en

el compartimiento situado junto a una blanca computadora de complejos mecanismos, paneles parpadeantes, pantallas y teclados.

El compartimiento era cilíndrico, y de idénticas dimensiones al objeto que él tenía en sus manos.

Se incorporó, aproximándose al mismo. Introdujo el cilindro allí. Encajaba perfectamente. Luego, al no suceder nada, contempló la gran profusión de botones y teclas de colores, algunas con numeraciones y signos extraños.

Observó que solamente había una tecla roja, mayor que las demás. Probó fortuna y la presionó.

Dio resultado. La pantalla se iluminó de repente con una luz verde, fosforescente.

La gran máquina emitió un suave zumbido.

Y sobre la pantalla comenzaron a surgir imágenes. De algún lugar, brotó sonido. Palabras ininteligibles, que Garko no entendía en absoluto. Observó otra tecla de color verde, sobre la que había trazado un dibujo significando dos cerebros diferentes, de seres humanoides, y una especie de onda entre ambos. La presionó, llevado por una intuición súbita.

También resultó aquello. De súbito, los sonidos se hicieron inteligibles por completo. Un traductor automático interno se debía ocupar de adaptar los sonidos a su comprensión. El lenguaje estaba siendo traducido perfectamente por la máquina.

Garko, atónito, escuchó, mientras las imágenes, en la pantalla, completaban el extraño mensaje que resonaba ahora en sus oídos:

—«...Y así, oh dios Akwok, Señor de la Sensualidad, yo, la insigne Reina Negra Muldava, de Xal, aliada y amiga del poderoso emperador Hokk, Señor de las Sombras de Xal, hijo de los dioses galácticos de Aquar, te envío con este mensaje el anuncio de que la hermosa doncella elegida para el supremo sacrificio durante el Gran Torneo de las Estrellas, está ya en camino y pronto llegará a tus dominios. Ha sido elegida para el alto honor de desposarse contigo, ser tuya y luego morir en el Altar de los Supremos Sacrificios Rituales, la más bella y joven de las criaturas de Xal. Yo, oh dios Akwok, te puedo anunciar que la dulcísima belleza de la doncella Amazia será el placer para tus sentidos, y luego será el deseado objeto viviente de sacrificio que tus divinidades anhelan en la gran fiesta de los pueblos de la Galaxia de Aquar, que conmemorará nuestro milenio de ultracenturias,

»Ve las imágenes de la hermosísima y dulce doncella Amazia y comprenderás que he sabido elegir y que tú, dios entre los dioses, me tendrás que considerar la más fiel, abnegada y entusiasta de todos tus siervos y creyentes...»

Apenas si Garko escuchaba las palabras, fascinado por la visión multicolor y estereoscópica que aparecía en la pantalla, mientras el

cilindro giraba en su compartimiento electrónico.

La mujer más bella y fascinante que jamás imaginara, estaba ahora en pantalla, encadenada y entre soldados como aquellos a los que él acababa de destruir, con expresión dulce y resignada, sometida sin duda al sacrificio que anunciaba aquel mensaje entre una reina y una deidad de la vecina galaxia.

Garko no daba crédito a sus ojos. Nunca una mujer fue más delicada, bella y cautivadora que aquélla. Joven, muy joven, casi una adolescente. De figura escultural, de piel suave, de cabellos de color de la miel, larguísimos y sedosos, de inmensos y tristes ojos verdes, de boca delicada, de formas suaves y turgentes, de armoniosas líneas que sus ropas rituales, con signos cabalísticos, no ocultaban a la admiración de Garko.

Y aquella creación humana, aquella criatura bellísima y seductora, iba a ser brutalmente sacrificada, entregada a un dios sensual para la posesión, y, posteriormente, sacrificada en un altar de ritos que él imaginaba siniestros y crueles.

La imagen de la fascinante cautiva se borró de la pantalla. Apareció la efigie de una mujer muy distinta. Altísima, morena, de piel de bronce vivo, cabellos negrísimos, casi azules, ojos dorados y fríos, ropajes negros, siniestros, manos largas y marfileñas como las de una hermosísima bruja, expresión maligna, casi diabólica… ¡La Reina Negra de Xal, la cruel y hermosa Muldava, que firmaba aquel mensaje de entrega al dios Akwok!

Era ella, sin duda alguna. Como una despedida para el destinatario de aquel mensaje que nunca llegó a su destino. Porque Garko oyó simultáneamente las palabras en el traductor magnético:

—«…Ahora, oh dios Akwok, sólo me queda darte las gracias por el alto honor de haberme solicitado a mí a la doncella del sacrificio de estos festejos, y confío en que, antes de su muerte sagrada, la doncella Amazia sepa darte la felicidad que tus sentidos reclaman, en la que será, a la vez, noche triunfal y noche de sacrificios a los dioses de Aquar. Tu fiel creyente: Muldava, la Reina Negra.»

Terminó el mensaje. Iracundo, Garko vio desaparecer las imágenes de la pantalla. Accionó la computadora, volviendo atrás dichas imágenes, cortó el sonido y dejó solamente la imagen de la doncella, congelándola.

Contempló más minuciosamente la belleza increíble de aquella criatura situada en remotos confines, a los que él nunca podía soñar en llegar con los medios de Ikkar. Las galaxias vecinas eran inaccesibles para cualquiera. Sólo un vaho luminoso en el cosmos. Y estrellas en las frías noches del norte del planeta…

«Con los medios de Ikkar…»

La idea le asaltó súbitamente, como una centella de luz que

alcanzase el fondo de su cerebro.

No, claro. Con los medios de Ikkar, llegar a galaxias lejanas era un sueño imposible. Pero aquella nave negra... ¡Aquella nave había llegado de esa galaxia! ¿No podía también *regresar*?

—Oh, si conociera yo estos mecanismos tan complicados... —susurró, mirando con desesperación los complejos sistemas electróncios de a bordo, los controles y mandos que, pese a haber sido él piloto espacial de las Fuerzas Reales de Ikkar, le eran perfectamente extraños y desconocidos—. ¡ Si yo supiese tripular esta nave... iría a la Galaxia de Aquar y salvaría de su trágico destino a esa hermosa doncella Amazia! ¡Sería la más bella forma de poner mi invulnerabilidad al servicio de una causa justa y humana! Salvarla a ella... ¡Tengo que salvarla! Pero, ¿cómo?

Exasperado, impotente, contempló los miles de teclas y botones que formaban los sistemas de abordo. Intentar adivinar la forma de partir, de saltar al hiperespacio, de llegar a la Galaxia 11.101, o Aquar, y una vez en ella posarse en el planeta Xal y rescatar a Amazia, era una auténtica locura, una idea demencial e insensata. Necesitaría un tiempo casi infinito para descubrir los misterios de navegación de la nave negra.

De súbito, oyó los ruidos en el interior de la nave. Y algo parecido a una voz humana, gruñendo palabras ininteligibles. ¡El mismo lenguaje de los guerreros negros de Xal!

Se volvió, sobresaltado. No vio a nadie, pero aquellos sonidos venían de muy cerca. Sus ojos descubrieron sobre un soporte hasta tres tubos escarlata brillante. ¡El Rayo del No-Morir!

Decidido, tomó uno en sus manos. Escuchó. Los ruidos, las voces, venían de algún compartimiento situado bajo el suelo de la cámara de controles. Vio una escalera en espiral, descendiendo hacia ese fondo, desde detrás de una blanca puerta plástica.

Avanzó, decidido, arma en ristre.

Iba a averiguar quién, además de él, se hallaba a bordo de la nave negra.

4

La angosta escalera en espiral terminaba en una especie de subsuelo de la nave, donde se abrían hasta cuatro puertas con rótulos en un lenguaje para él desconocido. Posiblemente eran los almacenes de aprovisionamiento, de material y cosas así.

Pero ¿dónde estaba el ser o los seres que había oído poco antes?

Sus ojos escudriñaron cada una de aquellas puertas. No supo traducir aquellas letras o caracteres completamente desconocidos para él. Pero aguzó el oído y esperó. Apenas unos momentos más tarde, tras

una de las puertas, captó roces. Y un ronco murmullo, el que producía una voz humana.

Rápido, se encaminó a esa puerta. Se abrió, deslizándose a un lado de forma automática, apenas pisó ante ella. Asombrado, descubrió dentro las rejas que encerraban a la criatura viviente.

Esta le miró con expresión de terror. En su rostro se reflejó un miedo instintivo y su boca emitió un grito de sobresalto.

Garko no pudo comprenderle, pero bajó el tubo de rayos, cuando comprobó que aquella criatura estaba prisionera a bordo. Que las rejas retenían cautivo al desconocido ser, cuyo aspecto no era humano. Pero que no le resultó, pese a ello, desagradable ni aterrador.

* * *

Era una especie de felino de gran tamaño, algo mayor que una pantera, pero extrañamente bípedo. Se sostenía sobre sus patas traseras, en pie, y vestía ropas de color amarillo sobre su piel velluda, sedosa, de coloración agrisada. Tenía ojos almendrados, hocico húmedo y boca con finos y agudos dientes. Las manos eran auténticas garras y poseía cierta graciosa armonía al moverse en el interior de la celda.

Lo más sorprendente de todo, es que la voz que emitía era perfectamente humana. Y que parecía inteligente y sabía razonar, sin duda alguna, puesto que no hizo cosas extrañas dentro de la celda, pero sí miró preocupado el tubo lanzarrayos de Garko.

Los sonidos que emitió luego, con rapidez, eran como palabras perfectamente moduladas. Pero del todo incomprensibles para el joven oficial real.

—Lo siento, amigo —dijo, sacudiendo la cabeza—. No entiendo una sola palabra.

El felino le contemplaba con aire de extrañeza, aferrado a los barrotes de la jaula con sus patas velludas, de engarriadas uñas. Los amarillos ojos rasgados parpadeaban, fijos en él.

Garko no supo lo que sucedía, pero de repente... ¡él mismo se vio dentro de la celda!

—Cielos, no —jadeó—. No es posible...

Pero era posible. O es que él veía alucinaciones. Porque ahora se estaba contemplando a sí mismo. Era su propia imagen la que ahora se movía tras los barrotes, mirándole como si estuviese erguido ante un espejo.

El felino ya no estaba. En su lugar, era el propio Garko el cautivo, pese a que continuaba fuera. En realidad había *dos* Garkos, idénticos

entre sí como dos gotas de agua.

—¿Qué significa esto...? —farfulló Garko, desorientado.

Su «otro yo» soltó una carcajada. Y de repente se estremeció al oír su propia voz en labios del «otro», hablándole con palabras perfectamente inteligibles, en su propia lengua:

—Esto ha resultado divertido, amigo —le dijo su propia imagen —. Pero lo cierto es que es la primera vez que adopto tu apariencia, la de un ser de tu especie...

Rápidamente, como un centelleo, el cuerpo humano se transformó, hubo una alteración física brutal en lo que era su reflejo... y volvió a ver tras las rejas al felino gris de ojos amarillos.

Ahora Garko había entendido ya.

—-Mutante... —dijo—. Eres un mutante...

El felino asintió, dando unos pasos por su celda. Luego, más dificultosamente, su boca moduló palabras en el lenguaje de Garko:

—Sí, soy mutante. Lyvok el *Mutante*. Es un delito imitarse en Xal. Por eso me encerraron. Iban a entregarme a los jueces para el castigo.

—Lyvok el *Mutante*... —repitió Garko, perplejo—. ¿Tu aspecto real es el que tienes ahora?

—Sí, exacto —asintió Lyvok, riendo como si fuese una extraña hiena—. Antes me limité a imitarte. Al hacerlo, pude adaptar mi mente a tu lenguaje. Resulta fácil para un mutante. Yo no necesito ondas traductoras, como ellos.

—Entiendo. Sois criaturas muy complejas las de Xal ¿Hay diversas razas inteligentes, aunque no sean humanas?

—Las había —suspiró Lyvok, tristemente—. El emperador Hokk terminó con casi todas. Sólo quedamos raros especímenes sueltos. Y estamos perseguidos. No podemos tampoco muíamos. Lo castigan las leyes. Pero yo siempre he sido muy rebelde...

—¿Qué haces a bordo?

—Ya te lo dije. Hice otra mutación. Me convertí en un ser mitológico de Xal, un Pájaro Galáctico. Ya desaparecieron hace centurias, pero entonces podían volar de mundo a mundo, convertirse en pura energía y saltar galaxias... Yo lo intenté. Me cazaron cerca del anillo de asteroides que forma el confín de la Galaxia de Aquar y me metieron aquí. Se demoró mi entrega a los jueces porque recibieron el encargo de recuperar algo en el planeta Ikkar, de otra galaxia...

—Ahora estás en él. Era yo el que poseía lo que ellos tenían que recuperar.

—¿Y no te han hecho cautivo a ti también? —se extraño Lyvok—. Aunque habitualmente..., cuando son gente de otros planetas, prefieren aniquilarlos a cogerlos prisioneros...

—No pudieron. Yo les aniquilé a ellos.

—¡Eso no es posible! —El asombro asomó a los ojos gatunos—.

¡Nadie pudo nunca exterminar a los guerreros negros del Emperador!

—Yo lo hice. La prueba es que estoy aquí. Solo en esta nave. ¿Puedo liberarte?

—Claro. Si realmente lo deseas... ¿No temes que sea un enemigo, que esté mintiendo y pueda atacarte luego?

—No. No te temo. No temo a nadie, Lyvok. ¿Cómo puedo sacarte de aquí?

—Yo te lo explicaré —dijo el mutante, sorprendido por la temeridad de su nuevo amigo—. Créeme, te estaré eternamente agradecido por eso... Podrás mandarme lo que quieras, a ciegas lo haré.

—Espera, Lyvok. Tal vez hagamos tú y yo un trato,

—¿Un trato?

—Sí, eso dije. ¿Tú sabrías cómo se maneja una nave como ésta? ¿Conoces sus mandos, sus controles, sus sistemas de vuelo y todo lo demás?

—Claro. Somos una raza inteligente, aunque sometida...

¿Por qué lo preguntas? Si estás en Ikkar, no necesitas manejar esta nave para nada. Yo aceptaré ser un refugiado que pide asilo en tu planeta...

—He tomado una decisión: quiero ir a Xal.

—¡Oh, no! —se horrorizó el muíante—, ¿Qué locura es ésa?

—Ya te la contaré más tarde. Mi idea es salvar el hiperespacio, llegar a tu mundo, a tu galaxia, Lyvok. Tú podrías ayudarme.

—¿ E ir a morir los dos a ese maldito mundo del que yo escapé? -—gimió el imitante.

—No vamos a morir, sino a evitar que otro ser muera. A triunfar, tai vez, sobre tus enemigos, que son los míos. Quizá a recuperar para siempre la dignidad y la libertad de todos los de tu raza... ¿Qué me dices a eso?

—Que estás loco, amigo.

—Pero... ¿vas a enseñarme cómo manejar la nave negra?

—SI —suspiró Lyvok—. Si me pones en libertad, tengo que pagarte de algún modo. Y si estás loco, ¿qué vamos a hacerle? En cierto modo... yo también lo estoy. De modo que ya seremos dos... Mira, esta reja se alza presionando un teclado rojo que hay en la cámara vecina. Luego te enseñaré cómo tripular esta nave... y que los dioses nos ayuden a los dos.

—Amén —dijo Garko, pensativo, disponiéndose a liberar al mutante.

* * *

Resultó infinitamente más sencillo de cuanto imaginara Garko.

Apenas una leve presión en una serie de teclas numeradas, y el mutante Lyvok puso en marcha la astronave de la Galaxia Aquar.

Primero funcionó a velocidad normal, aunque fabulosamente rápida, alejándose del planeta Ikkar, mientras ellos se ajustaban a unos asientos mullidos y confortables, de un blanco deslumbrante, los cascos y correas plásticos que el mutante señaló. Después, avisó el singular personaje de aspecto felino y ojos amarillos, mirando a su compañero de aquel planeta:

—Ahora, preparado, amigo... Vamos a pasar a la ultra- velocidad. Será la energía de proyección intergaláctica la que nos permitirá atravesar el hiperespacio en cuestión de momentos... ¡Ahora!

Una nueva pulsación de la sedosa mano velluda y algo ocurrió dentro de Garko. Toda su mente pareció estallar, para convertirse en una sucesión fantástica de imágenes y visiones multicolores, que invadían sus ojos y sus sentidos todos. La velocidad superlumínica, que les proyectaba al hiperespacio, era una grata pero embriagadora sensación que le inundaba por completo y parecía sumergirle en una nueva dimensión jamás soñada.

En breves instantes, creyó recorrer toda una vida a través de mundos deformes e inverosímiles, a través de colores que jamás viera antes, mientras sus oídos zumbaban continuamente y sus pensamientos parecían alejarse, para no ser aferrados por su consciencia.

Luego, tan bruscamente como se iniciara, cesó el fenómeno.

Y Garko comprobó que la nave parecía detenida, inmóvil en alguna parte.

Las manos velludas de Lyvok presionaron unos resortes. Hubo una especie de rara sensación amorfa en todo su ser, un choque sordo, una repentina lucidez... y todo cesó.

—Hemos llegado —dijo la voz de Lyvok, con un suspiro.

—Cielos... —musitó Garko—. ¿Ya?

—¿Qué esperabas? —rió el felino mutante—. Así hacen las cosas en Aquar. Son mundos diferentes. Esto no se parece a tu planeta. ¿Aún piensas que puedes hacer algo contra los que aquí moran?

—La fe es algo que nunca se pierde, Lyvok. Ni aquí ni en mi planeta.

—Quizá. Si eso piensas tú... ¿Qué hacemos ahora?

—No sé cómo son las formas de vida aquí. ¿Qué puedo hacer que sea prudente?

—Nada —rió Lyvok—. Una vez aquí, absolutamente nada. Lo prudente hubiera sido no venir, Garko.

—Pero eso no tenía sentido. Me propuse hacerlo y aquí estoy ya. Eso no se puede remediar. Imagino que esta nave habrá sido detectada por los sistemas de seguridad de Xal...

—Claro. A ellos nada se les escapa. Pero es una de sus naves. Eso cambia las cosas. Yo pulsé una tecla determinada, que quería decir el envío de la contraseña automática de identificación. Para ellos nada ha ocurrido extraño... todavía. Pero en cuanto salgas y pongas el pie fuera... todo será distinto. Eres un extraño aquí. Un enemigo. Y ellos lo detectarán. Son tan crueles como inteligentes, Garko.

—No me asustan —se soltó las correas blancas y fue a por el tubo escarlata de rayos desintegradores—. ¿Y a ti?

—Pues la verdad..., sí —gimió Lyvok—. Daría algo por haberme quedado allí, en tu mundo. Esta es la mayor insensatez que pudo habérsenos ocurrido a ambos.

—Ya basta de comentarios y temores, Lyvok. Vamos a salir. Al menos, yo pienso salir ya. ¿Tú qué haces?

—Te sigo, naturalmente. ¿Qué otra cosa puedo hacer? Luego... ya veremos.

Ya libre de sus ligaduras de vuelo, el joven oficial del planeta Ikkar se encaminó a la salida, empuñando el arma de los astronautas de Xal, Lyvok, evidentemente temeroso, le siguió hacia la compuerta de salida.

Garko presionó el resorte de funcionamiento y el acceso se deslizó suave, silenciosamente. Afuera, un cielo frío y estrellado, bañado en luminosas luminiscencias, le acogió. El terreno era duro, áspero y con cráteres, como el de un gigantesco aerolito o una luna muerta.

Garko pestañeó, sorprendido.

—¿Esto es Xal? —dudó—. Feo planeta el tuyo, Lyvok...

—¿Adonde querías que condujera yo esta nave? ¿Al cosmodromo de la capital o a la propia plaza del Emperador? —gruñó Lyvok de mala gana.—Tienes razón —admitió Garko—. Hiciste bien en elegir un paraje solitario, pero ¿cómo ir ahora a otros sitios? ¿Cómo llegar a tiempo de salvar a la doncella Amazia de las garras de Muldava y del dios Akwok?

—De ninguna manera —refunfuñó Lyvok-. Eso es un completo disparate. Jamás lograrías nada así, hi con legiones de soldados a tus órdenes. El Emperador protege a la Reina Negra, Muldava, y venera al dios Akwok. ¿Qué esperas que te harán en cuanto sepan lo que te propones? Y lo peor es lo que me harán a mí...

—Miedoso —dijo Garko, despectivo—. Vamos, adelante. Bajemos de aquí y dime qué camino seguir. Tú debes conocer esto muy bien...

La escala automática se había desprendido, hasta tocar el áspero suelo rocoso, de un agrio color metálico. Garko, esgrimiendo el arma con cautela, bajó los escalones cuidadosamente, hasta que sus pies pisaron el suelo duro y frío de aquel mundo inhóspito. Le sorprendió la acentuada curvatura del horizonte, apenas puso pie en tierra y miró hacia las estrellas nocturnas, azules y glaciales.

—Es raro... —mascullό—. Creí que Xal era un planeta grande. Ese horizonte parece pertenecer a un... asteroide...

¡Un asteroide!

La idea llegó rauda a su mente. De pronto, creyó entenderlo todo. Con repentino horror, se volvió hacia Lyvok, su mutante compañero.

—¡Traidor! —aulló—. ¡Esto no es Xal! ¡Es sólo un asteroide de la Galaxia Aquar!

Lyvok retrocedió con una extraña luz culpable en sus amarillos ojos gatunos. Su cuerpo peludo y gris tembló. Furioso, Garko le contempló sin saber qué hacer.

De súbito, una especie de larguísima lengua de metal articulada, brotó de uno de los cercanos cráteres sombríos que horadaban la superficie del asteroide y le hirió como un brutal latigazo, enroscándose en su cuello y brazo y haciéndole lanzar un ronco rugido de dolor y de ira, cuando sintió correr por todo su cuerpo una potente descarga eléctrica que le aturdió.

De otro cráter emergió otra lengua de metal articulada, que hizo presa en su talle, alzándolo en vilo, entre espasmos violentos, desorbitados sus ojos por el dolor, al redoblarse las descargas en todo su ser.

—¡Ya basta, ya basta, por favor! —gritó Lyvok con voz aguda, alzando los brazos hacia alguna parte inconcreta—. ¡No lo torturéis más! ¡No le destruyáis! ¡Es un extranjero y es menos fuerte que nosotros, los habitantes de Xal! ¡Os lo he entregado a cambio de mi propia libertad, como fijan las leyes del emperador Hokk! ¡Es mi contribución a los festejos por los esponsales de una doncella con el dios Akwok, en las fechas de la Feria Estelar! ¡Dejad de dañarle, os lo pido!

Los culebreantes látigos de metal dejaron de sacudir a Garko con su poder extraño, y se limitaron a arrojarle sobre una superficie metálica, pero sin desenroscarse de su cuerpo.

Garko, en un balbuceo, se volvió hacia Lyvok con ojos centelleantes y le insultó:

—¡Cerdo traidor! Me entregas a cambio de tu sucia vida...

Un nuevo trallazo de las articuladas extremidades metálicas, le hizo aullar de dolor.

Lyvok insistió, implorante:

—¡No, no, dejadle he dicho! Por favor... —luego, al calmarse la furia lacerante de los látigos de metal, se volvió patético hacia Garko. Sus amarillos ojos no revelaban odio ni rencor al añadir tristemente—: Lo... lo siento, amigo. Tenía que hacerlo. Todos tus sueños son una perfecta locura... Nunca lograrás nada en este mundo. Y nuestras leyes señalan que a cambio de un prisionero, la libertad se concede al penado... Compréndelo. No te conozco de nada. Somos extraños... el

uno para el otro. Este era nuestro destino común, a fin de cuentas. Vale más que uno de nosotros se libre... y ése sea yo. Soy cobarde por naturaleza, lo sé. Perdóname alguna vez... si puedes.

—Perdonarte... —jadeó Garko—. Si pudiera desearía matarte, estúpido... Pero no lo haría. Sé que no. Me das pena.

Lucilas por algo que tus mismos compatriotas te negarán. No se paga nunca a los traidores, entiéndelo bien. Ni se les respeta siquiera. Volverás a ser lo que eras: un prisionero, un condenado... ¡Maldito necio! ¿Adonde me has traído, exactamente?

—AL., asteroide Mongh, cerca del planeta Xal... Aquí viven los penados de por vida... y cuidan de ellos los guardianes del Emperador. Gente especializada, que jamás tuvieron una evasión... Mira, ahí vienen tus futuros guardianes de por vida. Lo... lo siento, Garko. Lo siento mucho...

YLyvok se apartó, caminando hacia atrás, mientras por otro cráter emergía una especie de globo luminoso, que se posó sobre el suelo del asteroide, saliendo de él hasta cinco seres asombrosos.

¡Los cinco eran humanoides, pero sólo hasta la cintura, puesto que sus piernas eran escamosas, rematadas en garras que se aferraban al duro suelo, de un color amarillento, y sus colas, también de escamas, recordaban las de los lagartos! Sus cabezas, del mismo modo, en vez de cabellos llevaban escamas amarillas, pero sus rostros afilados, sus brazos y torso, eran totalmente humanos, aunque de una coloración cerúlea.

—¿Qué... qué clase de monstruos horribles son ésos? —jadeó Garko.

—Los hombres-reptiles, guardianes de las prisiones espaciales del emperador Hokk —explicó Lyvok tristemente—. Yo hubiera terminado en un sitio así. Ahora, volveré a ser libre...

Yavergonzado, acaso, evitó mirar ahora a Garko, en tanto los hombres-reptiles le rodeaban. Con gesto huraño, el que parecía su jefe, manejando una especie de látigo semejante a aquellos largos tentáculos de metal articulados, lo hizo restallar. Hizo restallar el látigo sobre la superficie del asteroide y brotaron chispas de su extremidad. Unos ojos enrojecidos se clavaron en Garko.

—Buena presa, mutante —farfulló el hombre-reptil—. ¿De dónde vino este raro ser?

—De Ikkar, en la Galaxia de Luxon. Pensaba liberar a los pueblos oprimidos de Xal, oficial... Ahora es vuestro. Eso significa mi libertad ¿no es cierto?

—De modo que de la Galaxia de Luxon, ¿eh? —rezongó el hombre-reptil—. Eso puede que interese al Emperador. Le enviaré un mensaje, y entretanto enviaremos el prisionero a las Galerías de los Malditos...

—¿La... Galería de los Malditos...? —gimió Lyvok, estremecido—. Oh, no, allí no... El no es un peligro para el planeta...

—Eso lo decidirá el Emperador, estúpido cortó el hombre-reptil, airado—. No es cosa tuya.

—Bueno, haced lo que el Emperador diga... —Lyvok parecía realmente asustado —. Yo... yo me iré en seguida, ¿no? Me enviaréis en una burbuja interplanetaria a Xal, ¿no es cierto?

—De modo que entregaste al extraño a cambio de tu libertad, ¿eh, mutante?

—Claro... Es la ley, ¿no?

El oficial de los hombres-reptiles soltó una carcajada estruendosa, miró a Lyvok con ojos malévolos y luego, inesperadamente... ¡otro tentáculo de metal articulado brotó de un nuevo cráter, a espaldas del mutante y aferró a éste por cuello y brazos, haciéndole exhalar un agudo grito de dolor al sentir la descarga eléctrica!

—¿Qué... significa esto? —chilló Lyvok, angustiado—. ¡No tienes derecho, oficial! ¡La ley me protege, al entregar un prisionero!

—Imbécil. ¿Es que no conoces las nuevas leyes? —le espetó el hombre-reptil—. El Emperador ha abolido esa ley recientemente. Los mutantes no tienen derecho a la libertad, aunque entreguen cien prisioneros... Ahora tú también, como tu cautivo, pasarás a la Galería de los Malditos, te guste o no... ¡Vamos, lleváoslos a ambos.

—¡No, no! ¡No es justo, no podéis hacerlo! —chilló con voz retenida Lyvok, mientras los hombres-reptiles les rodeaban, disponiéndose a conducirlos al interior del helado asteroide-prisión.

Yesta vez, ante su terror, fue Garko quien soltó una carcajada que dejó sorprendidos a sus propios guardianes.

—Vaya, *amigo* Lyvok, parece que tus planes se vuelven contra ti... —se mofó—. Es el premio a los traidores y a los cobardes, ya te lo dije...

Yaún reía cuando fue introducido, junto con Lyvok, en la burbuja luminosa, que se hundió de nuevo en el amplio cráter, de regreso al corazón del sombrío asteroide de los cautivos del planeta Xal.

Segundo Libro

DIOSES DE LAS ESTRELLAS

1

Galería de los Malditos.

Realmente era un nombre merecido. En todos los sentidos.

Garko, mientras trabajaba en las duras y lóbregas canteras del interior del asteroide de metálicos muros, extrayendo minerales que

luego serían medios energéticos para el planeta, contemplaba a sus desdichados compañeros de cautiverio, en aquellos dédalos tortuosos de pasadizos, y comprendía que era difícil, por no decir imposible, salir de allí alguna vez, para respirar el aire del exterior, para ver la luz de los astros y sentir el cielo encima.

Todos ellos, encadenados como él a largos tentáculos de metal articulados, que soltaban violentas descargas eléctricas a quien cesara en la tarea sin haber sido autorizado previamente para ello, formaban un raro conglomerado de hombres-roedores, de hombres-insecto, de mutantes extraños, de gigantes de metálicos músculos o enanos de flacos miembros y piel de singular colorido, todos bajo el común denominador de la esclavitud, el dolor y la resignación a estar allí de por vida.

Los malditos. Los que nunca volverían a la luz. Miles y miles de ellos, repartidos a diversos niveles, bajo la superficie de aquel asteroide de maldición. Porque la auténtica maldición para todos ellos era precisamente esa: la esclavitud, el trabajo forzado, el trato inhumano, la lenta agonía en aquel mundo de pesadilla.

Lyvok no andaba lejos de Garko, unido a otra hilera de trabajadores esclavizados, bajo el látigo y la vigilancia férrea de sus celadores, los implacables hombres-reptiles. Era el destino común a todos ellos: trabajar, sufrir y morir allí. Sin salida posible. Sin esperanza de evasión.

A veces la amarilla mirada de Lyvok se cruzaba con la suya. Era ahora triste y dolorida, como lamentando haberle vendido a cambio de nada. Pero ya era tarde para arrepentirse. Garko hubiera querido odiarle. Pero no podía. Le daba lástima, incluso. Una lástima casi infinita…

A veces había comentado con sus compañeros de cautiverio, durante las breves pausas para comer la bazofia repugnante que les servían, el hecho de que los imitantes no hubiesen recurrido a cambiar de apariencia física para intentar huir. La respuesta era siempre la misma:

—Está prohibido mutarse en el Imperio. El que lo hace va directamente a la cámara de exterminio. Es la ley.

—¿Y no es igual o mejor morir de repente, que vivir así mucho tiempo? «—argumentó Garko, asombrado.

Un mutante le había respondido, con extraña fe en sus palabras:

—No, extranjero. Porque morir es el fin de todo. Y vivir, aunque sea aquí…, siempre deja un resquicio de esperanza. Dicen los Códices de Xal que un día llegará un libertador. Vendrá de una remota galaxia y nos salvará a todos, devolviéndonos libertad, dignidad y respeto y cambiando la tiranía por amor y paz. Es quizá tan sólo una leyenda…, pero vale la pena seguir viviendo, no suicidarse estúpidamente.

Le impresionó esa extraña fe de los mutantes de Xal. Pero no tuvo ocasión de hablar más de ello. Tal vez llevaba solamente allí cuatro o cinco jornadas —la noción del tiempo se perdía fácilmente en aquellas oscuras galerías profundas—, cuando el oficial de los hombres-reptiles le llamó a su presencia.

Le fue desprendiendo el tentáculo de metal y se presentó ante el jefe de celadores, que le miró con singular expresión. Sus ojos tenían un brillo especial.

—El Emperador ha decidido sobre tu suerte, extranjero —dijo escuetamente.

—¿Tan alto honor me cabe? —se burló Garko, agresivo.

—Allá tú si lo consideras así —rió el hombre-reptil—. Parece ser que hallaron entre tus pertenencias un mensaje real que robaste sin pertenecerte, allá en tu lejano mundo. Y que eres culpable del exterminio de toda una patrulla intergaláctica. Eso es delito grave. Pero el emperador Hokk ha decidido para ti un final especial, no la muerte en la cámara de exterminio. Como eres un ser ajeno a estos mundos, se te presentará en el Circo Galáctico de las Bestias Espaciales. Y allí tendrás oportunidad de defender tu vida... Serás trasladado ahora mismo. ¡En marcha!

Así se hizo. Ni se pudo despedir de sus compañeros de cautiverio en el asteroide de Mongh. Sencillamente, fue trasladado a una nave cósmica que le conduciría al citado Circo Galáctico, que no le merezca la menor confianza, puesto que era un castigo equivalente a una pena de muerte... o algo peor.

Ni siquiera volvió a ver al mutante Lyvok. Poco después viajaba hacia ese misterioso Circo, en una nave tripulada por gentes de uniformes metálicos, de color plateado y herméticos rostros como tallados en piedra. Unas ligaduras plásticas, imposibles de quebrar, sujetaban sus brazos y piernas férreamente.

—El Circo... —musitó para sí—. El Circo Galáctico. ¿Qué será eso?

Pronto tuvo la respuesta.



El Circo Galáctico de Ixaq. Esta era la respuesta.

«¡Y qué respuesta, cielos!», pensó Garko para sí, despavorido.

Un casquete esférico en órbita alrededor del planeta Xal. Esa era ia primera visión de que él tuvo. Una hemisferia cristalina, luminosa, girando y girando en tomo al planeta. Vista más de cerca, resultó ser una plataforma circular de grandes dimensiones, cubierta por una cúpula de materiales plásticos translúcidos. Una pista gigante, con

bóveda cristalina.

La pista era el Circo. La arena de exhibiciones galácticas. De las curvas que se entrelazaban, formando la cúpula, brotaban resplandecientes focos de luz que iban a coincidir en la enorme pista, rodeada de hileras de asientos para el hipotético público que asistiría a las exhibiciones del circo espacial.

La nave que le conducía se posó suavemente bajo el propio círculo del casquete, adhiriéndose a él como un imán. Abrióse una compuerta de comunicación con el interior. Los guardianes le escoltaron en silencio, por un largo corredor iluminado, hasta una especie de largas jaulas dispuestas bajo las gradas del circo.

Asombrado y confuso, Garko pudo admirar diversas especies de míticas faunas de otras galaxias, un bestiario fabuloso de seres de las estrellas.

Había allí, tras las rejas plásticas de las jaulas en hilera, sorprendentes e insólitos ejemplares de otros mundos que él nunca había pisado ni llegaría a conocer o visitar jamás. Había reptiles humanoides, arácnidos inteligentes, hombres- pájaro de plumaje majestuoso y rostro absurdo, gentes de colores, formas y apariencias inauditas, como criaturas formadas por cruces o mezclas de lo más inverosímil.

En la mayor parte de aquellos rostros indescriptibles había estupidez o tristeza. En otros, miedo o resignación. Pero en ninguno existía algo parecido a la alegría o la felicidad.

El mismo pasó a ocupar una de las jaulas. Barrotes transparentes y de cambiantes colores, pero barrotes y bien sólidos, a fin de cuentas, cayeron en torno suyo, cerrándole toda salida. Se sintió metido en un lugar de donde no saldría si no era para morir. Pero para morir... ¿cómo?

Seguramente la respuesta a esa angustiosa pregunta no tardaría en llegar. Pese a ello, no sintió miedo alguno. No podía sentirlo. Vivía de puro milagro, y por ello sentíase agradecido de continuar viviendo, aunque fuese de aquella forma. Además, el anciano se lo había dicho: él era invulnerable...

¿Le serviría eso de algo, a fin de cuentas? ¿Hay alguien realmente invulnerable a la propia muerte? En estos momentos sentíase dubitativo sobre todo lo que quedaba atrás. Sobre la realidad misma de lo sucedido en la Zona No Autorizada.

Además..., él tenía un punto vulnerable, aunque fuese tras haberse bañado en las aguas de la Eternidad. Y seguía ignorando cuál era ese punto de su vulnerabilidad.

Los guardianes le dejaron allí, sin una palabra, sin la más leve explicación. Se alejaron de regreso a su nave. Y en ella, de vuelta al asteroide Mongh, el lugar de los malditos, el encierro de donde jamás

se evadía nadie.

—¿Por qué a mí me dan diferente trato? —se preguntó—. ¿Sólo porque me apoderé de ese mensaje videográfico de la Reina Negra, Muldava, al dios de la Sensualidad, Akwok?

Se quedó pensativo. Y pensando le entró aquel dulce y agradable sopor. Cuando quiso darse cuenta, comprobó que de los tubos de materia vidriosa surgía un leve vapor azulado. Era aquel vapor el que le producía somnolencia.

Quiso luchar contra ella y le fue imposible. Cayó sumido en un profundo sopor. Y así continuó, hasta que alguien llegó a despertarle.

Para entonces sonaba música en algún punto del casquete espacial y se oían lejanos rumores de risas y aplausos. Parpadeó, aferrando los barrotes, mirando al exterior, a los corredores luminosos que circundaban las jaulas, vacíos y silenciosos.

Perplejo, observó que muchas de las jaulas vecinas estaban ya vacías. Luego, arreciaron esas risas y ovaciones, la música creció de grado y algo así como una ola ruidosa envolvió la zona de jaulas con su bestiario increíble. Hubo agitación en las jaulas.

Vio llegar a alguien por uno de los corredores, descendiendo por una rampa. A oídos del joven oficial Garko llegó con mayor nitidez el estruendo de aquellas voces lejanas. Después, vio a los que descendían y sintió un escalofrío que no sólo encerraba inquietud, sino piedad y lástima hacia los que eran devueltos a sus jaulas.

Porque se trataba de compañeros de cautiverio. Venían sangrantes, destrozados, algunos de ellos moribundos. Otros eran ya cadáveres y fueron lanzados sin contemplaciones a una especie de jaula común, donde quedaron a la espera de lo que allí se hiciese con los cuerpos sin vida.

Hubo conmoción en las demás jaulas. Se agitaron los cautivos. Chillidos de terror y de angustia sonaron por doquier. Voces expresándose en lenguajes insólitos y sonoros, se elevaron en una especie de coro plañidero.

Garko no necesitó entender las palabras de su lengua para saber que clamaban pidiendo perdón, maldecían o se quejaban, ante la proximidad de su propia muerte y la certeza de la ajena.

Los que aún vivían, no lo harían por mucho tiempo. Sus heridas eran profundas y espantosas. La sangre empapaba sus cuerpos singulares. Los rostros revelaban dolor y agonía.

De repente, observó que los portadores de víctimas se dirigían a «su» celda o jaula.

Iban a por él. Había llegado su hora.

—Tú —habló uno, en un lenguaje que le resultó vagamente inteligible, quizá porque su mente captaba las ideas y la coherencia de los sonidos ajenos—. Te toca a ti, vamos.

—¿Adonde me lleváis? —preguntó Garko, utilizando el lenguaje de ellos, para sorpresa propia.

—Calla y no preguntes. Te toca a ti el turno, eso es todo.

El público espera impaciente nuevas diversiones» Tú puedes dárselas, si no eres tan insignificante y débil como los últimos que han salido a la pista. Dependerá de lo que aguantes al Coloso de Ixar.

—¿El Coloso de Ixar? ¿Quién es? —ni siquiera se maravilló de poder conversar con gente cuya raza y origen le eran totalmente desconocidos, aunque tuviesen apariencia de humanoides.

—La respuesta está en la arena —le replicaron con sarcasmo—. No hagas preguntas, bestia humanoide de Luxon.

Garko no dijo más. Sabía que era perfectamente inútil. Se dejó conducir hacia la pista, porque no podía hacer otra cosa, a fin de cuentas. Unas anillas magnéticas, invisibles, paralizaban ahora sus brazos y hacían lentas y pesadas sus piernas. Los guardianes se las habían aplicado.

Otras cuatro o cinco «bestias» de origen galáctico fueron conducidas en pos suyo, formando una hilera con destino al circo que rugía allá arriba, ocupado por un público enfervorizado, ávido quizá de sangre y de muerte.

Los guardianes emprendieron la marcha, escoltándoles hacia el exterior. Sus armaduras articuladas, de material plástico metalizado, brillaban con tonalidades de plata bajo la claridad radiante de las luces situadas por doquier, como un baño de luz constante.

En contraste con tanta luminosidad, el significado de aquella fantástica instalación espacial del planeta Xal, no podía resultar más siniestro para los extraños llegados de otros rincones de las galaxias. Allí todos eran considerados como inferiores, como simples bestias, para divertir a alguien.

Recordó vagamente cómo había hablado y comprendido lenguajes que antes le eran totalmente desconocidos, y se preguntó si entre los dones que su visita a la Zona No Autorizada le proporcionó, estaría también la clarividencia, la capacidad mental de comprender a los demás y hacerse comprender. Nada le habla hablado de ello el venerable Vulkan, pero todo era posible. También notó que una enorme., majestuosa serenidad invadía todo su ser, camino de la arena.

No notaba miedo ni inquietud. Nada en absoluto. Es como si fuera insensible a las emociones negativas. Como si algo, tras su inmersión en aquellas mágicas aguas, hubiese cambiado totalmente su ser y sus ideas.

Avanzó resuelto, siempre escoltado por sus guardianes, hasta llegar a un amplio acceso al circo o estadio donde se hallaban. Allí hicieron un alto. El preciso para despojarle de las anillas magnéticas

que le inmovilizaban y hacían torpes y difíciles sus movimientos. Garko esperó, pasivo.

—Toma —le dijeron—. Elige arma. Y sal a la arena.

Le señalaban una especie de hilera donde se veían numerosas armas, todas ellas arcaicas y primarias, para un mundo tan avanzado y sofisticado como aquél. Evidentemente, sus posibilidades frente al enemigo que le esperaba en el exterior debían de ser muy escasas. Y la clase de armas así lo atestiguaba...

Indiferente, tuvo que escoger entre una lanza, una espada o un hacha de larguísimo mango y afilada hoja. Había media docena de cada especie, situadas en unos soportes metálicos. El público, allá fuera, rugía impaciente. Un resplandor casi cegador llegaba hasta los ojos de Garko, deslumbrándole.

Resueltamente, sus dedos aferraron la espada. La blandió, pensativo, bajo la mirada alerta de sus guardianes y la posición de disparo de sus complejas armas modernas, de naturaleza eléctrica o desintegrante. Ante aquella clase de artefactos, poco podía hacer una simple espada medieval.

Garko sonrió, despectivo. Luego vio que sus compañeros de infortunio, los pobres seres de rara antropología, eran también obligados a tomar idénticas armas.

—¡Adelante! —rugió el jefe de los guardianes, abruptamente—. ¡A la arena, o seréis rematados aquí mismo! ¡No tenéis otra alternativa!

Garko no se hizo repetir la orden. Saltó al exterior., al raudal de luz cegadora. Al anillo del gigantesco circo. Se enfrentó a una multitud rugiente que invadía todos los graderíos del inmenso estadio orbital

Un clamor acogió su aparición y la de los otros condenados. Como gladiadores de tiempos remotos, en aquella Era de progreso tecnológico, en aquel mundo que era capaz de enviar sus soldados a lejanas galaxias, también disfrutaban con la lucha desigual y sangrienta.

Avanzó Garko, insignificante su aspecto en la grandiosidad descomunal de aquel inmenso circo. Y lo hizo hacia el centro del anillo de arena plástica, blancuzca, sobre la que crujían sus livianas botas de militar.

Entonces vio al enemigo común, al que todos ellos debían enfrentarse. El Coloso de Ixar, sin duda alguna.

No pudo evitar un estremecimiento de asombro y de horror.

Quizá él fuese invulnerable, como dijo el anciano Vulkan. Pero entonces, ¿qué era aquello con lo que debía enfrentarse?

Un ser enorme, gigantesco, de proporciones inauditas.

Un coloso plantado en medio de la arena, sin necesidad de arma

alguna que sus manos, gigantescas como bloques de granito, y quizá no menos sólidas y duras. Su estatura era la de diez hombres, uno encima de otro. Su anchura y fortaleza, la de otros tantos puestos uno junto al otro.

El gigante tenía el cráneo ovalado, de color metálico, como metalizado era el brillo de su durísima piel. Tenía ojos sanguinolentos, boca de espantosa mueca y los cabellos la cubrían casi por completo, aunque parecían alambres espinosos en vez de pelos.

Aquel hombre era un humanoide de increíble volumen y energía, pero también era de una naturaleza especial. Su epidermis debía de tener la dureza del acero, quizá porque en vez de piel le cubría una especie de capa metalizada, que resultaría invulnerable a los ataques enemigos.

Pronto comprobó que era así. Uno de sus compañeros, cegado por el terror, al verse ante aquel monstruo que fácilmente le despedazarla, debió recordar a los compañeros desgarrados o moribundos, allá abajo, y le arrojó con furia la lanza que escogiera por arma.

La punta de ésta se estrelló contra la piel del coloso, rebotó como si golpeara un muro de metal impenetrable, ¡y cayó al suelo mellada!

El coloso exhaló un rugido de alegre complacencia y agitó sus manazas en el aire, al tiempo que reía estruendosamente. Todo el circo rió con él, y las voces de los espectadores llegaron nítidas hasta Garko, que las supo interpretar sin dificultad alguna:

—¡Adelante, Coloso! ¡Termina con todos ellos! ¡Tritúralos con tus manos! ¡Vamos, vamos, hemos venido aquí a divertimos contigo! ¡Termina con esos desgraciados!...

Y risas y aplausos acompañaban esas peticiones sanguinarias, mientras el gigante reía sin cesar, pensando en lo que haría con sus débiles, insignificantes víctimas, apenas se lo propusiera.

—Bueno... —resopló Garko, serenamente—. Ahora es cuando comprobaré si Vulkan me dijo la verdad... Aunque no creo que él pensara jamás que yo podía enfrentarme a semejante enemigo... Si la respuesta es negativa, ni siquiera llegaré a saberlo...

Vio que el Coloso de Ixar había comenzado a moverse hacia el que arrojara la lanza, con una agilidad sorprendente para su volumen. Las enormes manos se agitaban en el aire, quizá para aterrorizar a su víctima, que corría inútilmente por la arena, intentando burlarle. Cada zancada del coloso neutralizaba diez del infeliz.

Garko observó, mientras corría también en torno al gigante, tratando de evitar que atacara primero al enemigo desarmado. Este, quizá a causa de su propio pánico, perdió el equilibrio y cayó de bruces.

El gigante se precipitó hacia él, soltando una sonora carcajada. Garko, rápido, logró alcanzarle y se situó ante él.

Delante de unos pies que parecían moles capaces de aplastarle con un solo paso adelante.

—¡Espera! —gritó Garko, alzando su mano armada con la simple espada—. ¡Deja a ese infortunado que no puede defenderse! ¡Lucha conmigo!

El gigante le miró como si estuviera viendo algo muy divertido, pero a la vez muy sorprendente. Estaba sin duda habituado a ver huir ante sí a toda clase de criaturas a las que debía enfrentarse, que la audacia de Garko al retarle le causó una infinita sorpresa.

—¿Quién eres tú? —le gritó con un bramido. La voz retumbó en toda la bóveda cristalina del Circo Galáctico—. ¿Acaso no me temes?

—¡No, no te temo! —gritó el joven oficial—. La prueba es clara. Aquí estoy.

—¿De dónde vienes, estúpido? —le preguntó.

—De un mundo lejano. Como todos ellos, imagino. Sólo que yo no tengo miedo.

—Debes estar loco —se mofó el gigante, avanzando hacia él.

Su estatura, diez veces la de un humanoide común, pareció hacerse más inmensa aún a medida que se iba aproximando a Garko. Añadió:

—Totalmente loco, pobre desdichado… ¡Mira lo que puedo hacer con todo tu valor absurdo, en un solo instante!

Y entre el delirio de los asistentes, que ya veían otra víctima a punto de ser desgarrada por los golpes del coloso, disparó sus dedos poderosos contra Garko, con la simple idea de derribarle. Luego, cuando le tuviese en la arena, procedería sin duda a rematarle bestialmente, para complacencia de su público.

Garko esperó tranquilo, increíblemente sereno, como si supiera que él no podía morir ni ser vencido. Mentalmente evocó a Vulkan. Oyó su voz, como algo lejano y esperanzador:

«Yo, Vulkan, viejo Guardián de la Vida y de la Muerte, te anuncio que eres invulnerable. Lo eres en la guerra, en el duelo con otros seres, por poderosos que éstos sean…»

Por poderosos que éstos sean…

Sin la menor duda, era el momento de saber si Vulkan le había mentido o dijo verdad. La respuesta vendría ahora. Justamente ahora…

2

Yla respuesta llegó.

El Coloso de Ixar le alcanzó con sus poderosas manos. Le golpeó brutal, contundentemente. Garko sintió el impacto.

Otro cualquiera, ante aquella fuerza ciclópea, hubiese caído por

tierra, con el rostro destrozado, sangrante. No parecía haber poder humano capaz de contener el alud de energía y fuerza que encerraba en sí mismo el gigantesco gladiador del espacio.

Ysin embargo…

Sin embargo, Garko continuó en pie, erguido sobre sus piernas abiertas, la mirada fría, fija en su enemigo. El coloso emitió un aullido. Un extraño aullido de dolor que nadie hasta entonces oyera bajo la cúpula de aquel circo.

Se miró sus manos, doloridas e impotentes ante Garko. Atónito, observó que éste, ileso, sonreía y alzando su arcaica espada en alto, le gritaba con voz estentórea:

—¡Llegó el momento en que los débiles sean los vencedores, Coloso de Ixar! ¡Escuchad todos, pueblo de Xal! La fuerza no está sólo en los gigantes y en los que se creen invencibles. ¡También la razón y la fe pueden ser las más fuertes!

Yenarbolando su espada, atacó.

Estupefacto, el coloso vio venir hacia él aquella mano diminuta animada de una simple espada, que no era arma alguna que pudiera amedrentarle. Sin embargo, algo le dijo que, por vez primera, se enfrentaba a un terrible enemigo, aunque su apariencia, al lado de la suya, pudiera resultar insignificante.

Y así fue.

Porque apenas puso sus manos ante la pequeña espada, para frenar el golpe, nada pudo hacer. La hoja de acero, ancha y poderosa, hendió la superficie metalizada de la extraña piel del gigante. Un berrido de éste acogió la primera herida que sufría en aquel circo. De su mano enorme chorreó la sangre, en medio de un clamor de estupefacción, al que siguió un silencio profundo, de muerte.

Los demás prisioneros, víctimas seguras del gigante, contemplaban la escena sin comprender. Garko avanzó sobre el coloso cuando éste, con un aullido colérico, pasó de nuevo al ataque, resuelto a terminar de una vez con su enemigo.

La mano ilesa buscó a Garko y trató de arrebatarle la espada, con un guantazo demoledor. Los dedos silbaron en el aire, al saltar Garko con increíble agilidad y clavar luego su espada en la palma de la mano ilesa que acababa de pasar junto a él sin rozarle.

Un nuevo grito de dolor rasgó el aire, repentinamente dramático y contrariado, que se respiraba en el circo. El Coloso de Ixar había vuelto a ser herido. El acero hincado en su carne así lo revelaba.

Pero los cortes, con ser profundos, no podían ser demasiado graves en una epidermis tan dura como la suya y en un ser de su volumen. Por ello retrocedió violentamente, llevándose consigo, clavada en la mano, la espada de Garko.

Este se encontró indefenso ante su enemigo. Sin armas en sus

manos.

—Y bien, pequeño fanfarrón... —silabeó el coloso, con ojos centelleantes de cólera—. Y ahora, ¿qué piensas hacer? Ya estás desarmado, vencido... ¡Y juro por los dioses que voy a triturarte ahí mismo!

—¡Toma, amigo! —le gritó uno de sus compañeros de infortunio, arrojándole generosamente su hacha de largo mango.

—¡Y toma mi arma, también! —clamó otro, lanzándole una espada a los pies.

Para asombro de todos, Garko no empuñó ninguna de esas armas, aunque dirigió una mirada de profunda gratitud y ternura a sus compañeros de cautiverio. Negó con la cabeza y avanzó decidido hacia el monstruoso gladiador que se le venía encima.

—No —dijo Garko—. Ahora debo probarme a mí mismo. Debo saber si puedo luchar sin armas...

Era una prueba arriesgada. Pero quería salir de dudas definitivamente. Así, con sus manos desnudas, despreciando toda clase de armas, ante la incredulidad de los espectadores y la extrañeza del Coloso de Ixar, Garko se enfrentó a su poderoso rival.

Fue un embate de titanes.

Porque, para asombro y decepción de todos los espectadores que llenaban las amplias gradas blancas, bajo los poderosos resplandores del circo, Garko era un verdadero titán ahora, enfrentado al poder devastador del gigante.

Un titán diez veces menor. Pero con una fuerza increíble y una invulnerabilidad que parecía obra de dioses y no de seres mortales.

Los golpes brutales del coloso no conmovieron a aquella estatua de carne viva que era el joven viajero del espacio. No se inmutó por ellos, ni cayó en la arena. En vez de eso, resistió todos los golpes sin un solo pestañeo, sin un gesto de dolor. Luego, mientras la sangre de las heridas del coloso le salpicaban, Garko, atacó.

Fue el suyo un ataque repentino, insospechado. Con las manos desnudas, sin armas. Y, sin embargo, demoledor.

Porque sus dedos, que parecían inofensivos junto a un ser como el titánico gladiador del Circo Galáctico, al aferrar un simple dedo del gigante, fueron capaces de zarandear a éste, de hacerle perder el equilibrio. Luego, un golpe con la otra mano en una pierna del coloso se tambaleó, derribándole pesadamente en la arena.

Garko saltó sobre él, corrió por encima de su cuerpo, diez veces mayor que el suyo y diez veces más poderoso. Cuando alcanzó su cuello, martilleó en él varias veces. Chilló el gigante, medio desvanecido por el dolor. Sus jadeos retumbaron bajo la enorme bóveda cristalina.

Y, finalmente, Garko tomó la espada que permanecía clavada en

la mano de su enemigo, aplicándola sobre el entrecejo del monstruo. Allí amenazó, arañando la metálica piel del coloso:

—Sabes que si clavo esto aquí eres hombre muerto. ¡Ríndete! ¡Date por vencido públicamente… o mueres!

Un silencio helado siguió a esas palabras rotundas de Garko, que resonaban huecamente en el circo, llegando a los oídos de todos, pronunciadas en la lengua de Xal.

Débilmente, con una mezcla de dolor, ira y resignación, llegó la trémula respuesta del gigante:

—Yo… me rindo. Pero las leyes del Circo Galáctico son inexorables. No puedes perdonar a tu enemigo… ¡Mata! Estoy vencido y tengo que morir.

—No. Yo no mato a un vencido —negó Garko, separando la espada del entrecejo del coloso—. Ninguna ley me hará matarte ahora. Tu vida me pertenece, pero no la quiero. No soy un asesino.

Hubo un ronco murmullo de decepción y disgusto. Allá, en una tribuna adornada con gallardetes, se elevó una figura de mujer, hermosa y resplandeciente. Un brazo se elevó, por encima de la contrariada multitud:

—¡Has vencido y se te perdona la vida, como marcan nuestras leyes, extranjero! —sonó la voz de la mujer—. Pero esas mismas leyes te exigen que mates al vencido. ¡Mata! Es una orden de la emperatriz Anzor, esposa del emperador Hokk. ¡*Mata*!

—Hazlo… —imploró el coloso vencido—. Nadie puede desobedecer a la Emperatriz y continuar con vida. Mátame, extranjero. Lo he merecido. Salva tu vida ahora…

—La salvé ya esta vez. ¿Por qué no otra más? —Seguro de sí, Garko apartó la espada definitivamente. Se volvió, altivo, hacia la Emperatriz—: Lo siento, señora. Soy yo quien decido sobre la vida de un enemigo vencido en noble lid, no las leyes. No mataré al Coloso de Ixar.

—¡Extranjero! —aulló la hermosa dama de larga melena plateada, con gesto de ira y ojos fulgurantes—. ¡Tienes que obedecer… o morir tú en su lugar!

—¿Quién va a matarme? —sonrió Garko—. ¿Vuestros soldados? Que vengan aquí y lo prueben, señora, Ella hizo un gesto airado. Salieron a la arena dos escuadras de soldados de resplandeciente armadura y armas electrónicas. Avanzaron hacia él con rostro hermético. La emperatriz Anzor ordenó con voz rotunda:

—¡Matadle! ¡La muerte es el castigo a quien desafía las leyes de Xal!

Los soldados le rodearon con sus temibles armas apuntándole. Garko sonrió, desafiante. Más de diez bocas capaces de aniquilarle apuntaban a su cuerpo. Supo que todas iban a disparar

simultáneamente, acabando con él y con el coloso tendido a sus pies.

Exhaló un grito ronco y belicoso. Saltó desde el cuerpo del enemigo vencido, sobre el cerco de soldados. El público rugía, esperando un número fuera de programa, que les daría más muertes, más sangre...

Sólo que el número resultó muy diferente a lo que esperaban, aunque pudiese saciar en cierto modo su sadismo. Garko cayó sobre dos de los soldados, cuando los demás hacían fuego, y también los elegidos en su ataque.

Dos bocanadas de energía corrosiva alcanzaron a Garko en pleno rostro. Sintió una sacudida brutal y sus ropas parecieron arder violentamente. Pero eso fue todo lo que sucedió. Aún conmocionado por el alud de mortal energía lanzado sobre él, supo que estaba totalmente desnudo en medio de la gran pista, pero que su piel y su persona soportaban la terrible descarga, mientras las pavesas de sus ropas flotaban en el aire.

Estupefactos, sin dar crédito a sus ojos, los soldados retrocedieron, porque sabían que ningún mortal podía resistir ileso una descarga masiva de energía desintegradora.

Aquel héroe desnudo abatió a los dos soldados elegidos, con facilidad pasmosa, y se encaró a los otros ocho. El público, mortalmente callado, asistía a aquella escena increíble. La propia Emperatriz, demudada, no sabía qué hacer.

Garko siguió combatiendo contra los demás soldados. Recibió dos nuevas descargas, que sólo le hicieron vibrar, algo aturdido. Eso fue todo. Los soldados fueron cayendo en derredor suyo, abatidos por las titánicas energías del solitario luchador. Al final, los tres que permanecían en pie huyeron despavoridos, en medio de la estupefacción general.

Por varias puertas del estadio empezaron a asomar nutridas fuerzas militares, prestas a acabar con el extraño enemigo. Pero la platinada Anzor se alzó con mayor autoridad aún, gritando a sus tropas:

—¡Quietos todos! ¡Dejen de atacar al gladiador! El ha vencido en noble lid y ha demostrado ser invulnerable a nuestras más poderosas armas. Tiene mi perdón y el de su enemigo vencido, si así lo desea. Por una vez, y dadas las circunstancias, cambiaremos las leyes en beneficio de tan extraordinario luchador. Ahora tú, orgulloso vencedor, ven a mi palco. Deseo hablar contigo.

Garko asintió, inclinándose ceremonioso. Y avisó al gigantesco luchador vencido en la arena:

—Puedes levantarte. La función ha terminado, Coloso de Ixar. Y no vas a morir.

Luego, tomó de manos de unos soldados una especie de dorada

túnica que puso sobre sus hombros, cubriendo su atlética desnudez, y echó a andar majestuoso hacia el acceso al palco ocupado por la Emperatriz.

* * *

La Emperatriz Anzor no era solamente una mujer de gran autoridad y poder casi absoluto sobre sus súbditos. Era, también, una hembra hermosa y voluptuosamente seductora.

Su alta figura, de sinuosas curvas, vestida con las ropas resplandecientes de su distinguida condición, era la de una mujer toda sensualidad, desde los bien torneados senos hasta las largas piernas, cuyos muslos dorados eran visibles por la abertura lateral de sus reales ropajes. Bajo la melena larga y plateada, unos ojos hermosos, de un fascinador tono áureo, y una boca carnosa y mórbida, formaban un conjunto capaz de enloquecer a los hombres.

También para ella aquel joven vigoroso y flexible, de músculos poderosos, de figura esbelta y juvenil, de cabellos plateados y rebeldes, a quien viera vencer a todos los más poderosos enemigos sobre la arena del Circo Galáctico, representaba la imagen misma de la virilidad y el poder físico. Aquel hombre, aquel humanoide de lejanos mundos, despertaba en la Emperatriz de Xal voluptuosos sentimientos, deseos ardientes e inconfesables.

Por ello, el hombre joven e invulnerable, a quien admirase desnudo en la arena, estaba ahora a su lado, en las dependencias privadas del gran palco circense, a escondidas de miradas indiscretas, gozando de la tierna hospitalidad de la Emperatriz, esposa del poderoso Hokk, Emperador de Xal. Hospitalidad hecha de jugosos frutos del planeta, de alimentos exquisitos y néctar de flores que embriagan los sentidos y hacían correr la sangre más de prisa.

El descanso y el confort, en un diván real, eran ahora el reposo del guerrero, en la más exacta significación del término. Garko descansaba y recibía las suaves, estremecidas caricias de unas manos femeninas. Junto a él, el calor del cuerpo de mujer era perceptible.

Y aunque él, en su interior, seguía sintiendo aquella extraña y poderosa atracción hacia la imagen de la doncella Amazia, cautiva de la Reina Negra, Muldava, entregada al dios Akwok para el sacrificio, ahora relajaba sus músculos y su mente y su naturaleza humana, sus sentimientos varoniles, le hacían aceptar con agrado y excitación la proximidad de la hembra, so clara entrega al hombre admirado,

—Mi poderoso y hermoso guerrero… —musitaba ella, acariciando sus cabellos, su piel hasta el torso, despertando en él estremecimientos placenteros—. Descansa aquí y olvida la batalla.

Perdona, si puedes, la suerte a que pretendíamos conducirte y piensa solamente en mí, en tu rendida esclava, la Emperatriz Anzor, que sólo desea obedecerte y servirte, en vez de ordenarte, como a los demás...

Y luego, inevitablemente, la boca de ella buscó la suya, y los brazos de la mujer le envolvieron en el aterciopelado cerco de su atracción. Susurros y jadeos fueron lo único audible en las dependencias reales, cuando hombre y mujer se fundieron en un solo cuerpo, al caer las ropas de sus formas desnudas...

Un suave y dulce sopor invadió a Garko mientras la Emperatriz reposaba a su lado y se entregaba a sus caricias, sin dejar ella misma de proporcionarle las suyas, cálidas y apasionadas.

—Mi guerrero hermoso y amado... —musitó la ardiente mujer—. Eres mío. Mío...

Garko también la sintió suya. Pero mientras tanto, pensaba inevitablemente en otra mujer de piel suave, cabellos color de miel y verdes ojos, en la doncella entregada a la lujuria y crueldad del dios Akwok, Señor de la Sensualidad.

Poseía el amor, la pasión irrefrenable de la Emperatriz Anzor, pero pensaba en la doncella Amazia, cautiva en esos momentos del siniestro dios de Xal.

3

Despertó bruscamente.

Rodeado de soldados de deslumbrantes corazas blancas de material plástico, duro y resistente como el metal. Armas blancas se hincaban en su carne, reduciéndole sobre el sofá, semidesnudo y fatigado por el combate amoroso disputado antes.

—¿Eh? -—mascculló-—. ¿Qué significa...?

Una carcajada cristalina sonó cerca de él. Se volvió, sorprendido. Contempló a la hermosa y ardiente Emperatriz mirándole despectiva, con un destello de crueldad y de soberbia en sus áureos ojos.

—Significa que terminó el reposo del guerrero... ¡para siempre! —dijo agriamente, señalándole con dedo enérgico. Sus ojos llamearon—. ¡Soldado extranjero, serás devuelto a tu jaula del Circo Galáctico y lanzado de nuevo a la arena, esta vez a pelear con los feroces Dragones Voladores de la Exosfera de Xal!

—¿Te has vuelto loca, hermosa y voluble Emperatriz? —rió Garko, desdeñoso—. Sabes que me enfrente a quien me enfrente, soy invulnerable. ¡Venceré siempre!

—¿Estás seguro? —se mofó ella—. ¿Por qué, entonces, veo al fin el color de tu sangre, sólo porque uno de mis oficiales puso su daga sobre tu piel?

Garko miró bajo su tetilla izquierda, como fascinado. Era cierto.

Un oficial de la Emperatriz, de casco blanco e insignias doradas, había apoyado con fuerza la punta de una afilada daga sobre su torso. La piel se rasgó. Una gota de sangre roja como un rubí, descendía con leve reguero por su piel broncínea.

—No lo entiendo —murmuró—. Ni tiene importancia. Emperatriz. Pese a eso, sigo sin poder ser vencido por ser viviente alguno,

—Yo lo dudo mucho —se burló ella—. ¡Vosotros, dejad las armas! ¡Evitad que se mueva de ahí!

Dos de los soldados más vigorosos dejaron sus armas a un lado. Sus poderosas manos aferraron a Garko. Este sonrió, y se limitó a un brusco movimiento de contracción muscular, disparando luego la potencia de sus músculos.

Esperaba ver volar por los aires a los soldados. No ocurrió nada de eso. Ni siquiera se movió. Estaba sujeto y bien sujeto. Como si no tuviera fuerza alguna.

Lo intentó dos veces más. El oficial le golpeó en el mentón, burlonamente, mientras la Emperatriz Anzor reía. Rugió de ira, tratando de revolverse, al sentir un vivo dolor y aturdimiento. No pudo hacer nada. Los soldados le dominaban.

—¿Qué significa…? —jadeó, empezando a sentir verdadero temor —. ¿Qué me hiciste, bruja endiablada? ¿Qué maldito embrujo has experimentado en mí?

—El más viejo de todos los que en el mundo existen —se burló ella, voluptuosa—. El amor. El deseo. Y todo lo demás. El néctar de flores, la embriaguez de los sentidos… Todo eso minó tu poder físico. Eres como un juguete en mis manos, orgulloso guerrero.

Y se aproximó a él, abofeteándole! Garko tembló de cólera, pero seguía impotente para defenderse. Un ramalazo de repentina luz iluminó su cerebro. Recordó las palabras de Vulkan, el Guardián de la Vida y de la Muerte:

«Nada en la existencia del hombre es perfecto. Hay en ti un fallo, una imperfección… Tienes un punto débil por el que puedes ser fácilmente vencido… Deberás descubrir tú mismo cuál es, llegado el momento…»

Ahora lo sabía. Conocía su punto flaco, su fallo único…

Y había caído estúpidamente en el error, en el defecto único que podía dejarle vencido en poder del enemigo.

Era la sensualidad. El deseo. La lujuria.

Ella, la Emperatriz, lo había intuido con su maldad de mujer infiel, voluptuosa. Ella supo cómo vencerle. Y le había vencido. No era un simple néctar de flores, un brebaje sutil. No, no era eso. No le hubiese hecho nada, de no ser él mismo quien se entregase al fallo que

anulaba su invulnerabilidad.

—¡Cielos, ayudadme! —rugió Garko, forcejeando en vano entre sus guardianes—. ¡Debo volver a ser quien era! ¡Vulkan, tú únicamente puedes venir en mi ayuda!

—Llamas en vano a tus dioses, extranjero —se burló ella, despreciativa—. Ya no podrán hacer nada por ti. Eres más débil de lo que imaginaste. Tu propia seguridad en ti mismo te ha perdido. ¡Llevadlo con los demás! Y esperad a que decida cómo ejecutar a ese hombre y a su vencido enemigo, el Coloso de Ixar. Tal vez les haga enfrentarse unidos a los Dragones Alados... o les busque algo peor. ¡Lleváoslo! No quiero ver más ante mí a este torpe y necio extranjero que se creyó superior a todos nosotros.

Le arrastraron fuera de allí, de regreso a los vomitorios, a las galerías donde se alineaban las jaulas. Desde el interior de una de ellas, el gigantesco coloso le contempló estupefacto, aturdido. Aferróse en vano a los invulnerables barrotes de su jaula.

—También tú... Oh, mi buen amigo, de nada te sirvió ser generoso conmigo. Ambos moriremos, por decisión personal de la Emperatriz... ¿Qué hiciste para ser vencido así, tan fácilmente?

—Una locura... —murmuró Garko amargamente.

Y mientras le conducían ya a una de las vacías jaulas, evocó otras palabras de Vulkan, allá en la Zona No Autorizada:

«Entonces, morirás sin remedio. El que sea más fuerte que tú te matará. Si, por desgracia, tu punto débil no es superado por tu voluntad, habrá sido tu fin... Pero si alguna vez estás en peligro o sientes necesidad de una ayuda que te apoye en alguna noble acción, te halles donde te halles, llámame. Yo, Vulkan, acudiré en tu ayuda...»

—Oh, Vulkan, sé que no lo merezco. No tuve fuerza de voluntad, no supe resistir la tentación de entregarme al placer y a la voluptuosidad, pero era mi primer error, y no debe ser el último... —susurró, mientras forcejeaba por no ser encerrado—. Mi intención era noble, lo ha sido siempre. Pretendo salvar a una hermosa muchacha en peligro, quería ganarme la confianza de esa hermosa arpía, la Emperatriz... Y quiero dar la libertad, el derecho a la vida, a estos pobres seres sometidos al cautiverio en Xal... Por el Coloso de Ixar, por Lyvok..., por todos esos pobres diablos que, pese a todo, merecen mi simpatía y mi afecto... Y, sobre todo, por la doncella Amazia, hacia quien siento algo puro, libre de toda sombra de lascivia... Oh, Vulkan, por todos ellos... te pido, te suplico que por esta vez seas indulgente con mi error... y la energía perdida vuelva a mí...

No obtuvo respuesta alguna. Se dejó arrastrar, ya dócilmente, sabiendo que no había nada que hacer, que los hechos eran irreversibles y debía disponerse a morir.

—Vamos, adentro de una maldita vez, extranjero... —masculló

uno de los soldados, golpeándole brutalmente para obligarle a entrar en la celda de barrotes transparentes—. ¡Por los dioses, acabemos de una vez, estúpido!

Garko, aun siendo ya un ser débil y vulgar, se irritó con el golpe recibido y se revolvió, tratando de golpear al soldado.

Para asombro suyo y de los hombres que le escoltaban, su impulso hizo que se disparasen sus brazos con tal violencia, que los cuerpos fueron lanzados contra el muro, rotos sus rostros por el impacto de los puños de Garko y allí se estrellaron violentamente, cayendo como peleles, con sus blancos cascos arrugados cual si fuesen de papel.

Atónitos, retrocedieron los otros soldados. Sus armas le encañonaron. Garko, dominando su extrañeza, cargó contra ellos. Valía más morir matando. O intentándolo, cuando menos.

Las bocanadas de energía desintegradora le golpearon brutalmente y sintió arder sus ropas. Pero eso fue todo. Su cuerpo resistió y notó de nuevo que tomaba su piel aquella peculiar coloración que citara Vulkan.

Desnudo, pero ileso, permaneció ante los soldados. Ellos, despavoridos, intentaron huir. Garko lo impidió. Ahora ya no quería tener piedad de nadie. Saltó sobre ellos y sus puños machacaron cabezas como si fuesen simples frutos. Con igual facilidad les oyó crujir bajo sus golpes, rompiéndose en el acto.

Los soldados cayeron, alfombrando la galería, ante el entusiasmo de los sorprendidos prisioneros.

—¡Lo has logrado! —aulló el Coloso de Ixar—. ¡Lo conseguiste de nuevo, amigo!

—Sí... —musitó Garko, aturdido—. Vuelvo a ser invulnerable... Oh, Vulkan, gracias... No volveré a cometer el mismo error, tienes mi palabra. ¡Gracias, en nombre de todos los esclavizados en Xal!

Yavanzó sobre las jaulas, empezando a quebrar con sus manos, como si fuesen de auténtico vidrio, los barrotes que encerraban a las mil extrañas criaturas llegadas de otros planetas y galaxias.

—¡Adelante todos! —voceó Garko—. ¡La Emperatriz aún está en el circo, rodeada de su guardia personal! ¡Es el momento de capturarla para hacer rehenes, para iniciar la batalla final por la libertad de todos los cautivos!

Yresueltamente echó a andar, seguido por todos los liberados con el colosal gigante a la cabeza, convertidos en una temible fuerza combativa, ya que tomaron las armas desintegradoras de los soldados abatidos por Garko y éste supo que ya nadie sería capaz de capturarles vivos... Aquellas criaturas planetarias habían aprendido la dura lección. Era mejor morir en la lucha que verse encerrados de nuevo.

—¡Recordadlo! —avisó Garko—. La Emperatriz no debe morir.

Ella será nuestro más valioso rehén, para iniciar la lucha contra Xal y su Emperador.

Todos asintieron con entusiasmo. A su cabeza, el caudillo de aquel movimiento de rebeldía era Garko, el humanoide llegado de la Galaxia de Luxon.

El hombre que había ganado su derecho a ser nuevamente invulnerable, porque le movía un afán noble, altruista y desinteresado: la libertad y la vida de los demás, para abatir la tiranía y el imperio del odio y de la represión.

* * *

-—Es inútil cuanto hacéis... ¿Qué esperáis obtener de todo esto?

—La libertad, señora —sonrió duramente Garko, manipulando aquella gigantesca esfera luminosa que surcaba los cielos, entre el Circo Galáctico y la superficie del planeta Xal—. La libertad para todos los sometidos.

—Estás loco si pretendes algo así —dijo ella, desdeñosa, mirándole con expresión nuevamente suave y felina—. Las cosas no se pueden cambiar mediante una sola voluntad, por fuerte que te creas. ¿Por qué no renuncias a esa locura y aceptas un pacto conmigo?

—¿Qué pacto?

—Dame la libertad. Encierra de nuevo a tus estúpidos aliados. No mereces la suerte que te reservará en el futuro mi esposo, por audaz y temerario. Es mejor que te hagas nuestro aliado. Compartirás el poder y la fortuna. Cuanto ambiciones será tuyo. Ahora sé lo mucho que vales, y esa valía tuya puede sernos muy útil. A cambio de ella, tendrás cuanto ambiciones.

—Es un pacto tentador —sonrio Garko, inmutable—. Pero no voy a cometer el mismo error otra vez, Emperatriz. Ya no pueden convencerme tus encantos ni tus promesas.

Yo no ambiciono nada para mí. Sólo deseo la felicidad ajena. Por eso he vuelto a ser el que era. Por eso ahora esta nave invisible, esta burbuja luminosa que no puede ser captada por los controles de tu planeta, va a descender sobre Xal, iniciándose así la invasión. Y con ella, la liberación de miles de cautivos que formarán los ejércitos capaces de derrocar a los tiranos.

—Es una locura. Nunca lo lograrás, Garko —le desafío ella.

—Lo veremos —rió él—. Otras diez burbujas invisibles descienden ya por el espacio, hacia tu mundo. En cada una de ellas viajan los ex penados del asteroide Mongh. Gente que vuelve a la vida y a la libertad, pero que aún tiene que ganarse su derecho a seguir disfrutándola, ¿no es cierto, Lyvok?

—Muy cierto, amigo —el mutante desvió avergonzado su amarilla mirada de Garko, su libertador—. Además, tengo que ganarme también el derecho a ser perdonado por cobarde y por traidor...

—Ya estás perdonado —sonrió Garko, mirando a sus nuevos amigos, tripulantes, como él mismo, de la esférica nave, luminosa por dentro, invisible por su exterior, que descendía a velocidad vertiginosa hacia el planeta Xal—. En vuestro mundo he aprendido lo fácil que puede ser sentir miedo... y lo que ese miedo obliga a hacer, aun contra la voluntad de uno. Lyvok, trata de luchar ahora. Eso será todo. Cuando llegue la victoria, habrá sido ganada en buena lid. Hay que luchar mucho aún para el triunfo final.

—Lo sé. Enemigos como el Emperador, como el dios Akwok o como la Reina Negra, Muldava, no son fáciles de vencer —admitió el mutante—. Pero ahora ya no nos importa morir. Todo es preferible a ser nuevamente esclavos.

Garko asintió. El pensaba lo mismo. Pero mientras más se aproximaban a la superficie de Xal, en aquellas naves propiedad exclusiva de la Emperatriz y su amplio séquito, y por ello dotadas de la invisibilidad y sistemas antidetectores, para la propia seguridad de la Emperatriz y sus leales en cualquier circunstancia adversa, más difícil veía que su pequeño ejército, anárquico y de pobres recursos, pudiera vencer a las fuerzas militares del poderoso emperador Hokk.

No obstante, había que intentarlo, Y eso es lo que estaban haciendo.

* * *

—Mira, amigo -—dijo Lyvok, mostrándole la pantalla de a bordo —. Las fiestas de Xal... Todo el planeta arde en festejos. Por eso el Gran Torneo de las Estrellas tiene lugar ahora. Y en el Altar de los Supremos Sacrificios, una doncella será sacrificada a los dioses, por medio del dios Akwok, Señor de la Sensualidad... Es el ritual.

—Lo sé muy bien —asintió Garko, sombrío—, Y sé quién es esa doncella. Tengo que evitar su suerte, Lyvok.

—¿Evitar el sacrificio? —el mutante le miró asombrado—, Va a ser muy difícil, por no decir imposible, Garko. Akwok es un dios temible, un poder que controla todo en su territorio, y éste resulta inaccesible...

—¿Inaccesible? ¿ Por qué?

—Enormes montañas lo rodean totalmente. Ni el ave más poderosa puede llegar a tal altura y sobrepasar las cumbres.

—¿Y las naves espaciales?

—Tampoco. Nubes magnéticas cubren esas cumbres. Cualquier nave que intentase sobrevolar las regiones del dios Akwok, se estrellaría contraías cumbres o estallaría en el aire, al neutralizarse sus mandos y ser reactivada su energía.

—Pero de existir un pájaro capaz de llegar tan alto, sí se podría pasar al otro lado —reflexionó Garko, ceñudo.

—Claro. Pero no existe. Bueno, están los Dragones Alados, pero ésos precisamente sirven al dios Akwok. Son malignas criaturas aladas que pueden cruzar la barrera magnética y sobrevolar las más altas cimas. Ninguno lo haría, ni aun obligándole. Son de Akwok y están siempre en aquellas regiones montañosas, a su servicio.

—Pero tú eres un mutante, Lyvok.

—¿Yo...? —los ojos amarillos parpadearon, sorprendidos—. ¿Qué quieres decir?

—Está muy claro... Lyvok, haz una mutación... Conviértete en Dragón Alado... y yo viajaré contigo a los dominios del dios Akwok.

—¡Cielos! Pero las leyes de Xal prohiben que un mutante... —el felino gris se detuvo, echándose luego a reír—. Oh, había olvidado que venimos aquí precisamente para destruir esas leyes...

—Exactamente, Lyvok. Si eres mutante..., ¿por qué no hacer esa mutación?

—Sí... ¿Por qué no? —rió el ser de Xal, con expresión maliciosa —. ¿Por qué no?

4

Xal era todo un festejo.

Las Fiestas Galácticas llenaban de luces, desfiles y torneos sus ciudades y pueblos, sus campos y sus estadios. El emperador Hokk celebraba la festividad cósmica con grandes alardes. Pero las tropas, por doquier, controlaban el orden y servían de freno a cualquier posible exceso.

Mientras tanto, allá, en alguna parte del planeta, una hermosa doncella iba a desposarse esa misma noche con una deidad ávida de placeres carnales, que luego sacrificaría a la joven a los demás dioses de la mitología de Xal. Garko no podía dejar de pensar en ello mientras, a través de las pantallas de televisión, seguía los multicolores desfiles y las mil formas de festejos ideados por el emperador para hacer creer a su pueblo que eran todos felices.

Las esferas invisibles iban posándose en diversos puntos del planeta, conforme a un plan previsto. Lyvok había avisado ya a los mutantes, y éstos sabían que podían adoptar la apariencia que quisieran, aunque los detectores de los Servicios de Seguridad del Emperador debían de funcionar escrupulosamente para desenmascarar

a cualquier mutante que faltara a las leyes.

Lyvok le había explicado cómo un mutante, sin alterar su natural físico, emitía unas ciertas ondas de energía que los científicos de Xal habían sabido detectar ingeniosamente, controlándoles de ese modo estrechamente y evitando que sus raras facultades pudiesen ser algún día un peligro para el tirano.

—Tendréis que burlar esos detectores —dijo Garko con firmeza—. Pero creo que lo más sensato es anularlos todos.

—Eso es imposible —se lamentó Lyvok—. Los controles de todos los sistemas de seguridad de las ciudades de Xal están en un solo lugar, celosamente guardado.

—¿Cuál?

—La Torre de la Ciencia, dentro de la zona militarizada de la capital del Imperio. Y a poca distancia del palacio imperial. Fuertes contingentes armados y sistemas de seguridad rodean a su vez la Torre.

—Todo ello se anularía anulando la propia Torre —sonrió Garko, pensativo.

—Pero eso no puede hacerse. Sobrevolar la Torre de la Ciencia, aun con estas naves invisibles, sería detectado inmediatamente y unos rayos aniquiladores, surgiendo de su cúpula, nos desintegrarían en cuestión de momentos.

—Veo que es realmente difícil... —meditó Garko, ceñudo.

—Imposible, diría yo —apoyó el vozarrón del gigantesco Coloso de Ixar—. Es como intentar algo que ellos tienen previsto desde siempre. Cualquier revuelta, atacaría, en buena lógica, la Torre de la Ciencia en primer lugar. Por eso es el punto más seguro del planeta. Si esa Torre fallase, todo el sistema de protección del Emperador se vendría abajo.

—Ya me estoy dando cuenta de ello —afirmó Garko, pensativo—. Y, sin embargo, ha de haber un medio de llegar allí y destruir sus controles, estoy seguro. No hay nada totalmente invulnerable. Un viejo amigo mío dijo que nada puede ser totalmente perfecto, si está hecho por humanos. Y humanos son los amos y señores de Xal. Por tanto, ha de haber un fallo, por pequeño que sea. Un punto débil por donde atacar la Torre, estoy seguro...

Pero la esfera acababa de posarse en el planeta y Garko no había dado aún con la hipotética solución a tan grave problema. Lyvok anunció con un suspiro:

—Hemos llegado, amigo. Y ahora, ¿qué?

Garko no contestó. Miró por las pantallas de televisión el esplendor de la capital de Xal, cercana al lugar del aterrizaje. Todo ardía en fiestas. Luces, canciones, desfiles, bebida abundante, manjares, orgías... El pueblo parecía libre por completo. Era la gran

mentira del emperador Hokk, haciéndoles creer libres y felices, dentro de su férrea tiranía.

Y, de repente, Garko lanzó una exclamación y se golpeó la frente. Todos le miraron, perplejos.

—¡Ya lo tengo! —dijo—. ¡Sé cómo neutralizar los controles de la Torre!

* * *

Era una torre altísima, esbelta, de resplandecientes tonalidades doradas, rodeada por jardines frondosos y una alta muralla electrificada. Soldados de traje color acero paseaban por el exterior e interior. Un haz de rayos luminosos se proyectaba constantemente sobre la alta torre, para detectar cualquier presencia amenazadora contra lo que era, en suma, corazón y cerebro de las ciudades de Xal, centro nervioso de todo el complejo mecanismo de poder y seguridad, de control y de vigilancia, el emperador Hokk y su tiránico sistema de gobierno.

Lo que dijeran Lyvok y el Coloso de Ixar era bien cierto: la Torre de la Ciencia resultaba invulnerable, se mirase como se mirase cualquier remota posibilidad de acceso a su cúpula, en cuyo interior se hallaba la totalidad de los controles de todo tipo que sostenían firmemente el poder en manos del emperador y sus leales.

Pese a todo, Garko había dicho que él tenía el procedimiento para llegar hasta el invulnerable lugar y destruir sus controles.

—Y bien... ¿Qué hacemos ahora? —preguntó Lyvok, en tensión.

—Muy fácil: destruir esa torre —sonrió Garko.

—¡Fácil! —gimió el Coloso de Ixar—, Es empresa de dioses, Garko, no de simples seres mortales. Ya has visto el lugar. Nadie podría llegar arriba.

—Lo sé. Por eso hay que enfocar las cosas desde otro prisma. No se trata de llegar hasta esa torre, sino de destruir lo que contiene,

—¿Y no es prácticamente lo mismo? —indagó Lyvok, desorientado—. Hay cosas que no se pueden hacer a distancia.

—Muy cierto. Pero otras sí pueden hacerse —rió Garko, con una increíble seguridad en sí mismo—. Y ésta es una de ellas.

—Debes estar realmente loco —suspiró el mutante de rostro gatuno—. Eso no tiene sentido. Aunque arrojases un explosivo, aunque dirigieras contra esa torre una carga desintegradora, no sucedería absolutamente nada. Las barreras electromagnéticas se limitarían a rechazar la agresión... y simultáneamente detectarían el origen del ataque. Eso significaría nuestra muerte sin remedio a manos de los verdugos del emperador.

—Lyvok tiene razón —apoyó el coloso—. Ni yo mismo podría intentarlo con éxito. Ningún cuerpo físico puede llegar hasta allá arriba, desengáñate. Eres un titán, Garko. ; Pero hay cosas que ni siquiera tú puedes hacer, —Acabas de decirlo —sonrió Garko—. Ningún cuerpo físico llegaría jamás a esos centros neurálgicos del planeta. Pero yo no hablaba de algo físico, sino de algo inmaterial.

—¿Cómo? —balbució Lyvok, sin entender.

—Hablaba de energía mental —explicó el joven soldado del planeta Ikkar, clavando sus ojos en lo alto de la Torre de la Ciencia—. Algo que no se utiliza mucho en vuestro mundo. Yo poseo ahora energía mental. Sé que puedo traducir lenguajes ajenos, intuir cosas, ver más allá que los demás... Pero, claro, esa energía no sería suficiente para lo que me propongo.

—¿Entonces...?

—Mi mente necesita ser activada. Ello generaría un superdesarrollo mental. Emitiría ondas potentes, en una determinada frecuencia. Ondas que podrían viajar a través de toda clase de obstáculos, hasta el punto previsto. —¿Una especie de... telepatía?

—Algo así. Pero infinitamente más poderoso. Una orden determinada, emitida para que la capte una computadora y quede programada automáticamente. Imaginad que esa orden es: «Anula todos los controles. Paraliza la Torre de la Ciencia totalmente.» La computadora, fríamente, cumpliría lo programado.'

—Pero eso es fantástico... ¿Cómo ampliar hasta tal punto tus ondas mentales? —sugirió Lyvok.

—Eso es lo que voy a intentar... a través, de la energía que mueve esas esferas espaciales en que hemos viajado —dijo Garko, entrando de nuevo en la invisible nave que les condujera a Xal.?

Ante el estupor inicial de Lyvok y del coloso, y el posterior de su cautiva Emperatriz, Garko puso en funcionamiento las fuentes energéticas de la nave. Mientras lo hacía, comentó, fija su mirada en la torre:

—Vosotros me contasteis, durante el viaje, que un simple átomo energético mueve supernaves y permite atravesar el hiperespacio, por una especie de reactivación en cadena que convierte una pequeña dosis energética en una fuerza colosal impulsora, ¿no es cierto?

—Sí —admitió Lyvok, pensativo—. ¿Y eso qué tiene que ver con...? ¡Cielos, ya veo!

—Comprendiste, ¿eh, amigo? —rió Garko—. Basta establecer un circuito energético conectado a la computadora de esta nave y a mi propia mente. Si funciona, si logramos que j mi fuerza mental se multiplique por varios millones de veces j como ocurre con la energía motriz, habremos logrado una onda capaz de imprimir un programa cibernético en una supercomputadora como la que debe haber en esa

torre.

—¿Qué nueva locura es ésa? —preguntó la Emperatriz, pálida y agitada—. Jamás lograréis nada con semejante idea, extranjero...

—Lo veremos —Garko se encogió de hombros fríamente—. Lo veremos...

Se dispuso todo dentro de la nave. Lyvok accionó los sistemas de propulsión y marcó el grado de activación y multiplicación del átomo impulsor. Luego conectó la computadora y Garko se aplicó unos electrodos a sus sienes y frente, entrando así en contacto con la máquina y con la fuente de energía.

Lívida, la prisionera asistía a la experiencia singular, como temerosa de que realmente ésta diera el resultado que el joven esperaba.

Por unos momentos, a bordo de la nave esférica hubo una tensión casi insoportable. Zumbaban los mecanismos cibernéticos y la mente de Garko se concentraba en una sola, obsesiva idea, mientras sentía tales palpitaciones en su cerebro que parecía que éste iba a estallar:

—Anula todos los controles de la Torre de la Ciencia... Paraliza todo... Anula todos los controles... Anula... Anula... Anula...

Sentía una opresión extraña en su mente. Veía ya luces, circuitos concéntricos de mil colores. Una sensación de agobio y lucidez extraña al mismo tiempo. Y como en oleadas, su pensamiento surgía devastador, proyectado a distancia, salvando todos los obstáculos entre él y la Torre...

Y de repente...

Sucedió. Se apagaron todas las luces de la capital. Los reflectores dejaron de alumbrar la Torre de la Ciencia. Dentro de la cúpula de ésta se oyó una terrorífica explosión y saltaron miríadas de chispas en la noche.

Simultáneamente, toda clase de controles, detectores y sistemas de seguridad dejaron de funcionar.

Garko arrancó de su cabeza los electrodos, respirando con alivio al sentirse liberado de aquella tremenda presión mental.

—¡Pronto, ya se logró! —gritó roncamente, mirando al coloso—. ¡Id todos y empezad a ocupar la ciudad! ¡Luchad sin tregua, no tengáis reposo! ¡Esa avería total puede durar

87mucho tiempo o ser breve! ¡Aprovechad la ocasión! Y tú, mientras tanto, amigo Lyvok, transfórmate en Dragón Alado y condúceme a los dominios del dios Akwok.

—¡Malditos, no lograréis vuestros propósitos! —gritó la Emperatriz, furiosa-. ¡Mi marido os derrotará, y correrán ríos de sangre vuestra por las calles de Xal!

—A ella seguidla teniendo cautiva —dijo fríamente Garko,

señalándola sin dignarse responderle—. Y decidle al Emperador que es vuestro rehén. Eso tal vez precipite las cosas.

Lyvok salió de la nave esférica con Garko, mientras el Coloso de Ixar arengaba a los tripulantes de las restantes naves, para lanzarse sobre las ciudades de Xal, en una incontenible oleada libertadora, a la que muchos se unirían en los momentos siguientes.

Entretanto, el mutante se concentraba hasta deformarse su figura, agigantarse y transformar su aspecto felino en el de una espantosa figura alada, de color cárdeno y plumaje áspero, con rostro de gárgola y figura de tigre alado.

Garko saltó sobre sus lomos, empuñando solamente su espada, la misma con la que venciera al Coloso de Ixar en la arena del Circo Galáctico.

—¡Adelante, Lyvok, amigo! —arengó a su falso Dragón Alado—. ¡Vamos a los dominios de ese dios que se desposa con una doncella condenada al sacrificio! ¡Al reino maldito del Señor de la Sensualidad!

Majestuoso, terrorífico, el Dragón Alado de Xal que era ahora el mutante Lyvok, levantó el vuelo, elevándose con increíble poder en la noche violenta que estallaba ya en rebelión, allá en las calles de la capital del Imperio.

Garko, jinete de tan extraña y fantástica montura, voló sobre las tierras oscuras de Xal, teniendo por techo solamente la noche, las estrellas y las luminosas galaxias, en dirección a los tenebrosos dominios del dios Akwok.



Lyvok tuvo razón.

Era como llegar a las fronteras mismas del infierno.

Altísimas cumbres pedregosas, sobre las que flotaban espesos nubarrones cargados de electricidad. Chispazos y centelleos rasgaban la oscuridad y sobre las cimas rocosas zigzagueaban los rayos, estallando en chispazos al herir los parajes sin vegetación. Una poderosa carga magnética parecía brotar de todas y cada una de las negras nubes hacinadas sobre la sombría región.

El Dragón Alado y su jinete sobrevolaron las cimas, fundiéndose entre los nubarrones, en un dantesco vuelo a ciegas. Abajo, en la hondonada rodeada de montañas negras, eran visibles luces fantasmales, millares de antorchas moviéndose en culebreo hacia un punto determinado.

—¿Qué es aquello? —indagó Garko a su montura.

La voz de Lyvok surgió por el pico acerado del ave monstruosa:

—Los peregrinos de la Sensualidad. Hombres y mujeres, esclavos de la carne, acuden a la ceremonia nupcial del dios Akwok, que terminará con el sacrificio sangriento de la desposada. Pero antes, peregrinos de ambos sexos consumarán una orgia de lujuria sin fin, contemplados por su dios, que poseerá a su vez a la hermosa doncella. Es el ritual de estas fiestas paganas de las estrellas, Garko.

—Es horrible y repugnante —jadeó Garko—. ¿El punto al que se dirigen es…?

—El Altar de los Supremos Sacrificios. La piedra sobre la que será inmolada la doncella, tras ser poseída por el dios Akwok.

—¿Los dioses tienen aquí forma humana, por tanto? —dudó Garko.

—Nadie sabe qué apariencia tiene Akwok. Su poder es temible, su voz ensordecedora y su fuerza satánica. Pero dicen que es posible que se haga hombre cuando ha de poseer a la doncella y consumar el sacrificio. Sólo los peregrinos ven a su deidad. Y todos ellos guardan el secreto para sí mismos.

Quien lo revele a otros que no sean peregrinos, sufre el terrible castigo del dios.

—Todo eso me suena muy extraño, Lyvok. ¿Podemos descender?

—Aún no. El altar está a la puerta del propio Templo de Akwok. Y éste está rodeado por auténticos Dragones Alados que nos atacarían en cuanto descubriesen que un ser humano ha cruzado la barrera de las altas montañas.

—Entiendo. ¿Qué piensas hacer ahora?

—Posarme en un punto oculto, entre esos peñascos de allá abajo, lo más cerca posible del templo. Allí volveré a mi forma normal y juntos veremos lo que se puede hacer. Aunque yo poco podré ayudarte, en la lucha contra un dios.

—Si ese dios se vuelve humano por unos momentos, Lyvok, yo me ocuparé de él, por muchos que sean sus maléficos poderes.

—Recuerda que la Reina Negra es su aliada, y ella tiene poderes infernales, También… Tal vez asista a esa ceremonia personalmente…

—Entonces nos ocuparíamos de ambos. Vamos, desciende. Ardo en deseos de encontrarme cara a cara con ese dios lujurioso…, pero, sobre todo, ante la doncella Amazia, a quien he venido a salvar.

Lyvok planeó entre las negras rocas, hasta posarse en una especie de plataforma situada entre peñascos muy altos, a escasa distancia de la boca abierta en la roca viva, y ante la cual se alzaba una piedra circular de color negro lustroso.

Era el acceso al Templo de Akwok. Y el altar de los sacrificios.

Entonces, por vez primera en su vida, Garko vio a la doncella Amazia en carne y hueso, allí ante él.

5

Amazia, la doncella...

Virginal, hermosa en su desnudez pudorosa. Cabellos de miel, verdes ojos, piel suave y rosada...

Fuertes cadenas la ligaban al altar de los sacrificios. Esperaba, inmóvil, impotente, el momento de su martirio y ejecución. Sobre ella, una larga piedra puntiaguda pendía de una plataforma saliente. Era como un enorme puñal de piedra viva. Si caía vertical sobre ella, la atravesaría de parte a parte.

—Es el arma del sacrificio —musitó Lyvok a su oído, imaginando lo que le intrigaba—. El dios la deja caer, tras poseer a la virgen cautiva.

Cánticos litúrgicos de extraña sonoridad llegaban hasta ellos. Hileras de peregrinos que envolvían su desnudez en simples túnicas translúcidas, avanzaban portando antorchas. En sus ojos y gestos se leía la crueldad, el deseo, los apetitos más bestiales, a punto de consumarse en una orgía infernal.

Garko apretó con fuerza la espada y concentró su mirada en la dulce doncella cautiva. Luego, clavó sus ojos en la negra abertura de la roca. De ella llegó un vozarrón poderoso, ensordecedor, que rebotó en ecos profundos, de roca en roca:

—¡Vuestro dios Akwok os habla, y os pide que rodeéis el Altar de los Supremos Sacrificios! ¡La doncella Amazia, elegida por los dioses, va a desposarse conmigo y será mi amada durante estos momentos, antes de entregar su vida a los dioses que la escogieron para tan alto honor! ¡Agrupaos todos, y que vuestros apetitos sean satisfechos sin freno ni escrúpulo! ¡Sois carne y la carne os reclama! ¡Sois machos y hembras, y vuestro dios os permite que os unáis entre vosotros! ¡Obedeced, porque es palabra de vuestro dios!

No hacía falta mucho más para convencerles a todos de lo que debían hacer. Un instante después, las parejas formaban los cuadros más groseros y abyectos, entregados a los apetitos más desenfrenados. Todo el negro valle fue una orgía brutal. Garko apartó sus ojos, asqueado.

—Ahora... ahí sale el propio Akwok... —musitó Lyvok, tembloroso de temor y excitación.

El joven militar miró hacia la negra boca rocosa. Sus ojos se esforzaron por ver al ser majestuoso que surgía por ella, envuelto en un extraño halo de luz rojiza, como surgida del propio infierno.

Largos ropajes brillantes envolvían una figura que, pese a todo, tenía toda la apariencia de pertenecer a un humanoide. Avanzó hacia el altar y se situó ante la doncella encadenada, que se agitó sollozando

al tiempo que él elevaba sus brazos al negro cielo tempestuoso, para proclamar:

—Yo, Akwok, Dios de la Sensualidad, por ley expresa de los dioses de Xal, te hago mi esposa en este momento. Amazia, hermosa doncella, deja ahora de ser virgen, como luego dejarás de ser criatura viviente… ¡Es ley de Akwok, tu dios!

Ydespojándose de sus vestiduras se precipitó sobre la doncella, con la clara intención de poseerla en una ceremonia brutal y violenta. Los miles de parejas que les rodeaban se entregaban a su propia lascivia, sin fijarse ya en el amancebamiento de su dios con la cautiva doncella.

—¡No soporto más! —rugió Garko.

Yantes de que Lyvok pudiera evitarlo, antes de que pensara siquiera en lo que se proponía, blandió su espada y se precipitó rocas abajo, al encuentro del propio dios Akwok, que se disponía a poseer a Amazia.

—¡Espera, maldito seas, hombre o dios! —rugió Garko con potente voz—. ¡Espera aún a que el destino decida si tienes derecho a tal infamia!

El dios Akwok se volvió hacia él con un rugido. Sus ojos llameaban en un rostro bañado en un tinte purpúreo que se advertía falso. Garko se plantó ante la deidad, sin temor alguno de sus presuntos poderes.

—¡Loco intruso! —rugió el dios—. ¡Nadie se atreve a enfrentarse cara a cara con el dios Akwok, el más poderoso de los dioses de Xal! ¡Cae a mis pies o serás fulminado por mis poderes!

Graznaron allá arriba los Dragones Voladores, descendiendo agresivos hasta el valle prohibido. Las parejas entregadas a la orgía sexual cesaron en sus excesos, amedrentados e incrédulos, contemplando la broncínea figura del hombre desconocido que osaba enfrentarse a su propio dios.

—Creo que mientes, seas quien seas —acusó duramente Garko—. ¡No eres un dios, sino simplemente un humanoide que asusta y aterroriza a sus creyentes! ¡Está espero que sea la mejor prueba!

Saltó sobre él espada en mano. El supuesto «dios» Akwok saltó atrás, con un grito colérico y aferró algo que tenía entre sus ropas sujeto a un cinturón, agachándose para ello a recogerlo, puesto que estaba totalmente desnudo.

Se incorporó con una especie de daga en su mano, pero cuando apuntó con ella a Garko, el arma despidió un chorro de chispas y Garko notó temblar su cuerpo, aunque nada le sucedió.

—¡Imposible!… —aulló el supuesto dios, desencajado—. ¡Mi daga eléctrica fulmina a quien toca!

—Pero no a mí, canalla —silabeó Garko—. Soy invulnerable. Y

vine a salvar a esa desdichada joven…

—¡Pues no lo lograrás! —gritó estentóreamente el hombre desnudo, precipitándose hacia un cable que, sin duda, al ser accionado, haría caer sobre Amazia la terrible daga de piedra negra, atravesándola mortalmente.

Garko no esperó a más. Se lanzó a fondo. Su espada atravesó de parte a parte el cuerpo del «dios», hudiendo su corazón. Un gesto de horrible dolor y agonía asomó a la faz pintada de púrpura. Luego, Garko extrajo su espada y se revolvió contra un Dragón Alado que descendía ya hacia él con sus garras y pico a punto de triturarle.

Fue tal el impulso de su poderoso brazo que su espada cortó el cuello del ave, lanzando lejos su monstruosa cabeza, ante el terror de la multitud que, al ver caer ensangrentado a su dios y presenciar con qué pasmosa sencillez el desconocido sé enfrentaba a los temibles dragones con alas, empezó a huir despavorida en todas direcciones, con gritos de fanático terror:

—¡Es un dios extraño y ha venido a destruir a nuestro Akwok! ¡Es tan poderoso que mató al inmortal Akwok!

Era cierto. El dios Akwok agonizaba, bañado en sangre, junto al ara de sacrificios. Garko rompió con sus férreas manos las cadenas que aprisionaban a Amazia y tomó en sus brazos a la doncella, sin soltar su sangrante espada.

—¡Dispersaos, depravados! —rugió Garko, mirando a la multitud de peregrinos en fuga—. ¡Ha llegado el castigo a vuestra impúdica maldad!… ¡Vuestro sucio dios ha muerto a mis manos y la justicia, la libertad y la pureza del alma vuelven a vuestro planeta envilecido!…

Lyvok se había reunido con él, mientras los propios Dragones Alados, al ver muerto a su amo y señor, se alejaban, graznando lastimeramente, cumbres arriba. El mutante quitó parte de la pintura púrpura del rostro del dios muerto, con una de sus manos felinas.

—¡Cielos! —le oyó exclamar Garko, con enorme sorpresa en el tono—. ¡No era ningún dios! ¡Era el propio emperador Hokk!…

* * *

—¿El dios Akwok era el Emperador de Xal? —preguntó débilmente la joven Amazia, mirando con ojos profundos a su salvador.

—Así es. No contento con tiranizar a su pueblo como gobernante, creó una religión de la que él era cabeza visible. Una religión inspirada en simple sensualidad, sangre y lujuria enfermiza. Algo que ni su propia esposa la Emperatriz, que también era una mujer sensual e infiel, pudo sospechar jamás. A espaldas suyas, lograba de ese modo

el emperador Hokk satisfacer sus más bestiales apetitos y su sed de sexo y de sangre… Pero la pesadilla ha terminado en Xal.

—¿ Definitivamente? —suspiró ella.

—Definitivamente, sí. Ya han sido vencidos los esbirros del Emperador. La gente libre controla el país y se han alterado los controles de la Torre de la ciencia. Ahora, mis amigos y compañeros de lucha tienen ocasión de levantar una nueva forma de vida, más digna y más noble para todos…

—¿Y tú…? —preguntó Amazia.

—Debo volver a mi propio planeta. Este mundo no es el mío, Amazia. Pero me ha gustado conocerlo y hacer algo por él. Ahora volveré a cruzar el hiperespacio y regresaré a Ikkar para siempre.

—¿Viajarás solo?

—Sí, esta vez, sí. Lyvok se queda en su propio mundo, como un mutante libre. Y el Coloso de Ixar será sin duda un buen soldado, un oficial eficiente y respetable. Todos tienen aquí su sitio. Yo no, Amazia.

—Garko…

—¿Sí? —la miró fijamente, como esperando algo.

—Garko, yo…, yo quisiera…, ir contigo adonde tú
vayas.

—Amazia… —tembló la voz del joven oficial—. No tienes por qué hacerlo. Ni tienes por qué llevar tu gratitud hasta ese extremo.

—No es gratitud, Garko. Yo… yo nunca vi un hombre como tú. Eres diferente a todos. Y me gustas…

—¡Amazia! —pestañeó Garko, enrojeciendo.—Garko, me gustas… —se inclinó hacia él y besó sus labios, suave, dulcemente—. Si hiciste todo eso por mí, sin conocerme… ¿no serías capaz, ahora que me conoces, de llevarme contigo a esa galaxia donde tú moras? Te aseguro que a tü lado jamás echaría de menos nada de mi propio mundo… En cambio, si te vas, nunca más seré ya feliz, pensando siempre en ti…

—Amazia… —Garko se inclinó, atrayéndola hacia su pecho dulcemente, con ternura y emoción—. Amazia, hubiese dado la vida por oír algo así en tus labios… y tu misma me lo dices ahora… Amazia, claro que seré capaz de todo por ti. Volveré al hiperespacio, a mi propio planeta .lejano…, pero no viajaré solo tampoco esta vez, te lo aseguro. Tú… vendrás conmigo,

—Garko… —ella bajó sus verdes ojos, húmedos de emoción—. Garko, qué feliz soy… y qué feliz voy a ser en el futuro…

El asintió. Todo había sido como un sueño fantástico. Pero el despertar no iba a ser menos hermoso.

FIN